

El Sinarquismo - 11 abril 1953 - 88pp.

Sinarquistas, fueron grandes hombres que lucharon por defender nuestra democracia y nuestra religión católica muy agredida por el estado mexicano, lo cual resultó en la Guerra Cristera. Ellos defendieron a México del fascista comunismo, ideología de Izquierda manchada de sangre, por los más de 100 millones de inocentes muertos por el comunismo.

Hoy el comunismo es una amenaza para todo el continente americano. Ojalá hoy hubiera Sinarquistas de defendieran a México de este siniestro partido de "Morena".

México nunca debe ser invadido por ideologías criminales que nada tienen ver con nuestra cultura y con nuestros intereses de mexicanos.

Lic. Armando B. Luna.

Sinarquía Nacional

EL SINARQUISMO

- Su Ruta Histórica
- Ideario y Postulados
- Documentos

(Segunda Edición)

EDICIONES

UNS

México

"Escuchad... y estad atentos... vosotros los que tenéis el gobierno de los pueblos... Porque la potestad os la ha dado el Señor: del Altísimo tenéis esa fuerza: el cual examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos; porque siendo vosotros ministros de su reino, no juzgasteis con rectitud, ni observasteis la ley de la justicia, ni procedisteis conforme a la voluntad de Dios".

Sabiduría, VI, 2-5.

PROMULGACION

La publicación de este libro, en el que se contienen la ruta histórica, el ideario y postulados y los documentos básicos tradicionales del Sinarquismo, viene a satisfacer una necesidad inaplazable en la lucha diaria del Movimiento Nacional. Nuestra doctrina social y política y nuestros propósitos cardinales se encontraban dispersos en los órganos difusivos de la organización, y este hecho por sí solo dificultaba la tarea de definirnos, al mismo tiempo que obstaculizaba el proselitismo, ya que prácticamente imponíamos a aquéllos que se interesaban por participar en nuestra lucha un estudio del Sinarquismo, si no imposible, sí bien arduo y laborioso.

Para la redacción de este cuerpo doctrinario se ha tenido a la vista, ante todo, la doctrina católica, como inspiración y guía y como principio y fundamento de nuestra concepción del Orden Cristiano. Hemos hecho acopio, al mismo tiempo, de todos los documentos en que se ha vaciado durante quince años la doctrina tradicional del Movimiento, tarea en la que hemos tenido un cuidado especial de vigilar la ortodoxia de cada una de las exposiciones y definiciones que en este libro se contienen.

No hemos pretendido ser novedosos: sólo hemos querido reproducir en el cuerpo de doctrina que ahora promulgamos el pensamiento, los afanes, las inquietudes, los ideales y los propósitos de cuantos militan bajo las banderas de la Unión Nacional Sinarquista.

La Sinarquía Nacional, máxima autoridad del Movimiento, en su reunión de los días 8 y 9 de febrero del presente año, revisó cuidadosamente el contenido de este libro, le dió su aprobación y ordenó su inmediata publicación.

El Señor, que da y reparte la luz a las inteligencias y las decisiones de bien a los corazones, haga de este libro un instrumento para que, por él, crezca y cobre combatividad este ejército del Sinarquismo que sólo persigue bajo su égida, el imperio de su ley y de su justicia en la Patria Mexicana.

México, D. F., a 11 de abril de 1953, décimo quinto aniversario del sacrificio del FUNDADOR.

Juan Ignacio Padilla.
JEFE NACIONAL.

I

RUTA HISTORICA

1.—PANORAMA

Los agrupamientos humanos no suelen permanecer estacionarios en una determinada forma política. Las leyes de la dinámica social parecen exigir que cada época lleve en sí misma el germen de su antagónica, debido a que los hombres vivimos un angustioso drama de ser solicitados por la vocación divina hacia la plenitud perfecta, al mismo tiempo que somos susceptibles de caer en el mal y en la degradación. Este flujo y reflujo es el que traza la historia de las edades.

La gesta de los fenómenos sociales, particularmente la de aquellos que entrañan la implantación de un deber ser colectivo, debe rastrearse en épocas muy lejanas al día de su aparición; es necesario buscar en la actitud antípoda, para explicarse la conducta que entraña un movimiento social determinado.

El Sinarquismo, con su aspiración básica de unidad nacional, empezó a gestarse en una etapa de disolución.

Amortiguada la fe colectiva por el movimiento de Reforma en el siglo pasado; debilitado el vínculo moral durante los treinta años de informe dictadura; desatadas las pasiones más broncas por los trastornos que iniciara Madero, y quebrantada en sus bases la economía nacional, nuestra patria marchaba hacia la ruina.

El peligro era real, ingente. México empezaba a olvidarse de Dios y vivía una época de codiciosa ambición, de sensualidad desordenada, de caótico trastrueque de valores. Y esta decadencia religiosa tenía sus contragolpes en

otras esferas. En el aspecto político, la autoridad era bótín de guerra y se ejercía sin aquellos atributos de respeto y dignidad que la hacen participación de la divina; estaba abolido todo derecho que no se fundara en la fuerza (militar, política, económica); la prensa, la tribuna, la cátedra, eran sojuzgadas por el generalón en turno y dócilmente se plegaban a sus exigencias. La fuertemente desquiciada economía nacional se echaba en brazos de la usura, de la confiscación y del despojo; la decantada libertad de contrato de trabajo se traducía en cruel explotación de la gran turba de desheredados y en lucha feroz en la que acababan por sucumbir los más débiles; el ejido era apenas un sueño que no alcanzaba a realizarse y los campesinos constituían la carne de cañón para las facciones en pugna; todos los derechos sociales eran conculcados con la mayor impudicia. La familia estaba en grave riesgo de desintegrarse, por la admisión legal del divorcio en la Ley de Relaciones Familiares, que no tardaron en adoptar casi todos los estados de la República. El municipio, de hecho, sólo funcionaba como agencia del bando ganancioso, sin prestar ningún servicio a la comunidad. La enseñanza estaba monopolizada por un Estado cuyos funcionarios eran unos palurdos o poco menos, y la circunstancia de ser laica era ya un pre-nuncio de las tendencias sectarias que más tarde se le habían de imprimir.

Ante la cada vez más grave situación, el episcopado mexicano determinó formular, inequívocamente, la viril protesta del pueblo católico, con ocasión de haberse incorporado a la Constitución de 1917 las leyes persecutorias de la Iglesia. Tal gesto prelaticio fué calificado por algunos de arrogante, altanero o imprudente, dado que incitaban a su grey para que ejercitara el derecho de legítima defensa de su religión y, con ello, de sus intereses políticos, jurídicos y económicos.

Con anterioridad se habían ya producido brotes de restauración social que desafortunadamente no llegaban a prosperar debido a la desorganización casi total del pueblo, a la inexperiencia de los promotores de las variadisimas empresas que desde principios del siglo y hacia las postrimerias del porfirismo insurgían y, sobre todo, a la vertiginosa confusión que durante su desarrollo sembró en todo el país el movimiento revolucionario de Madero. En los diversos órdenes de la vida nacional se registraron prometedores impulsos de reordenamiento y de radical solución a los problemas planteados por la quiebra de nuestra religiosidad.

La protesta episcopal tuvo la virtud de reanimar las conciencias y vigorizar las voluntades, de manera que, a partir de entonces, fueron tomando cuerpo las inquietudes populares en diversos tipos de organización social, como la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y otras en la Capital, y algo más tarde la Unión Popular en el Estado de Jalisco. El pueblo respondía con creces. Grupos especializados iban constituyendo iniciales cuadros de luchadores sociales y compactas multitudes salían a la calle a condenar tropelías, a encararse con esbirros atrabiliarios, a reclamar elemental respeto a los derechos intocables.

Pero los regímenes emanados del torbellino revolucionario, con Carranza, Obregón y sobre todo Calles, no estaban dispuestos sino a mantener su predominio a costa de lo que fuese, acuciados por la masonería y las sectas protestantes. Y en el momento en que hubo suficiente resistencia popular, se produjo, con la chispa de un nuevo desmán consistente en la promulgación de la llamada "Ley Calles", que restringía hasta lo inaudito las funciones de los ministros de la Iglesia Católica, el choque violento de la Revolución Cristera.

2.—ANTECEDENTES

Queda fuera de la órbita de esta sinopsis bosquejar la historia del glorioso movimiento libertario de 1926, épica reacción defensiva del pueblo católico mexicano ante la osadía insolente del tirano. Basta señalar, para el objeto presente, que el propio movimiento cristero pudo alcanzar perfiles y rango de epopeya gracias a la sólida base que en el centro del país había sentado y cultivado el inmenso caudillo civil alteño Anacleto González Flores, mediante su maravilla de activismo social que fué la UNION POPULAR, organización ágil, medularmente popular, serena y ardorosa; reconsagración de cada valor patrio en la cotidiana pulsación de las conductas; visión realista y trascendente de "la cuestión religiosa en México".

Expresión genuina de la suprema aspiración patria, la Unión Popular fué en sí misma un egregio movimiento de sabiduría social y su proyección sociológica estaba, por lo mismo, a salvo de correr la suerte que en el objetivo e inmediato devenir histórico tocaba al en cierto modo ocasional y vertiginoso movimiento cristero.

Sus más hondas características, su clave doctrinaria, su fisonomía exacta y su cabal contenido hallaron, a la vuelta de algunos años, fiel reproducción en el Movimiento Nacional Sinarquista, sin perjuicio de modalidades meramente externas que consonaban con la etapa nueva. Aun en el origen provinciano la afinidad es patente, si bien la UNS —por claros designios providenciales— más pronto y

por encima de humanos arbitrios, tuvo ocasión de proyectarse y de hacerse sentir en todos los rincones y más allá del ámbito nacional.

"La tiranía —dejó escrito González Flores hacia 1920, en su formidable primer libro "La Cuestión Religiosa en Jalisco"— es más bien un fenómeno social que un fenómeno político... Quien no ha sabido triunfar de sí mismo ni de sus pasiones y ha dejado que sobre su espíritu se extiendan el imperio de la carne y de la sangre con todas sus efervescencias y sus estragos, no puede ser más que esclavo o tirano... Debemos empezar por reconocer que la tiranía no es puramente una cuestión política, sino que en el fondo entraña un problema social que consiste en la mutilación del hombre y de la familia, en la ausencia de caracteres recios y vigorosos, en la servidumbre económica del mayor número y en el aislamiento de las energías individuales. Por lo que toca al medio práctico de suprimir realmente las tiranías, hay que convenir en que el menos eficaz es la violencia..."

Y en otra parte de la misma obra, dogmatiza González Flores: "De aquí que si se desea construir sobre rocas y echar un fundamento sólido, debe comenzarse por arrancar la revolución (el espíritu del desorden, toda forma de perversión) de las alturas del pensamiento, que es donde tiene su raigambre honda y recia, y por imprimirles a las energías intelectuales una orientación que sea un retorno decidido hacia la autoridad, única fuerza que crea y sostiene firmemente la armonía y el orden..." "Los espíritus bien orientados y poseídos del ansia loca y vehemente de reconquistar la libertad, muy lejos de perder el tiempo en inútiles y vergonzosas lamentaciones, y más lejos aún de esperar el resurgimiento de una insurrección, se consagrarán con ardor nunca extinguido a derramar luz sobre los espíritus, a fundir todas las energías en el molde de una

organización sólida, fuerte e inteligentemente dirigida y a derribar los baluartes del despotismo a golpes gallardos, enérgicos y viriles de opinión".

Anacleto González Flores condenó la violencia, pero —alma disciplinada y hecha a las actitudes heroicas— acató las órdenes de los jefes del catolicismo en México y participó esforzadamente en el movimiento armado de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa.

A lo largo de nuestra vida como nación independiente, la insurgencia cristera significa el primer espléndido brote de la conciencia pública en el ámbito nacional. El pueblo se desentiende de las pugnaces facciones y adopta una actitud que lo redime de cualquier pretérito caudillaje. Lo que quiere, no es volver al empírico sistema porfiriano, ni siquiera al manido, cuanto vacío, programa maderista de "sufragio efectivo, no reelección", y ya no se acuerda de los Huerta ni de los Carranza, porque certeramente intuye que el problema fundamental no radica en esas meras contingencias. Se niega a tomar partido en la sórdida contienda de las camarillas políticas, porque su aspiración rebasa los mezquinos límites de la rapacidad ambiente.

Tampoco le interesan ya el centralismo ni el federalismo y considera perfectamente liquidadas las viejas fórmulas de "religión y fueros" y "constitución y reforma", porque ahora siente necesidad de ir al meollo de la cuestión y levantar su organización política sobre una cosmovisión verdadera. Y ese pueblo, en pie de lucha, tiene su propia, esclarecida y magnífica cosmovisión.

¡Viva Cristo Rey! Viva, impere, reine entre los hombres de aquí y de ahora. Viva en los corazones de los ciudadanos, en los hogares, en las comunidades, en las leyes, en las instituciones de México. Que El nos gobierne, que tanto vale decir, que se nos gobierne conforme a la luz de su Evangelio. Que ningún tirano intente frustrar nuestro

último y excelso fin; que en vez de estorbos, se creen las condiciones propicias para que cada uno pueda alcanzar su perfección. Que somos creaturas de Dios con vocación eterna, y este mundo, apenas algo transitorio que debe servirnos de medio para alcanzar nuestro destino. Y sobre estas verdades tajantes, absolutas, definitivas, debe construirse la organización política de México, apta para realizar entre nosotros el bien común.

Esta fué la decisión popular, en ese sentido se tradujo el plebiscito de los católicos, tal fué el simbolo político de la Unión Popular y de los cristeros, que más tarde adoptara el Sinarquismo, ampliándolo hasta sus lógicas consecuencias y tomando nuevas decisiones en la parte no regida por los primeros principios, es decir, sin cambio esencial alguno.

Hay otra característica en la revolución cristera que la hermana con el Sinarquismo: su carácter popular. Una y otro han sido movimientos que tienen, no sólo arraigo, sino origen en el pueblo. A ambos se acusa de carecer de jefes, de dirigentes capaces y hábiles; se les echa en cara estar constituidos por masas ignorantes. Nada importa aclarar si estas afirmaciones están fundadas o no, porque se trata de organismos que no tienen su razón de ser en la existencia de una persona determinada que los dirija, sino que se fundan en principios doctrinarios y en actitudes políticas que trascienden el ámbito individual de los hombres.

La Unión Popular y la Revolución Cristera son, pues, la auténtica raíz del Sinarquismo. Esa eclosión magnífica de espíritu cristiano —en su pristina acepción— ese espléndido despertar de un pueblo católico a la vida institucional, es lo único que puede explicar con toda plenitud la aparición del Sinarquismo. No son las fechas ni los hombres los que establecen la relación de parentesco apuntadas. Es el espíritu, la decisión, el coraje; es el ideal, la doc-

trina, los principios; es el pueblo que con la misma bravura con que gritó ¡Viva Cristo Rey!, lanza ahora su vigoroso ¡Viva México! con igual sentido: viva México auténtico, católico, libre; viva México en el que impere Cristo y se acate su palabra; viva México en el que Cristo es Rey.

En el estilo, en el modo de ser y de vivir, la Unión Popular, la Revolución Cristera y el Sinarquismo son una sola y misma cosa. Únicamente hay que hacer un distingo: la Revolución Cristera fué un movimiento de guerreros, en tanto que la Unión Popular y el Sinarquismo son movimientos de ciudadanos. Con esta nimia diferencia puramente accidental, la causa de una y otro es la misma; al igual que los primeros supieron llegar hasta el martirio, sus seguidores hemos sembrado la ruta histórica del Sinarquismo con nuestros caídos; pero unos y otros por igual razón: por Dios y por su Patria.

3.—EL AMBIENTE

El gobierno provisional de Portes Gil, designado a la muerte de Obregón, se gastó en solucionar los problemas políticos que tenía planteados, rehuyendo taimadamente cualquier posible extremismo, aunque acatando con servilismo lo que ordenaban las logias masónicas: fué así como suscribió los "arreglos" del conflicto religioso y, con motivo del asesinato del comunista cubano Julio Antonio Mella, expulsó del país al agitador internacional Panait Istrati.

Al finalizar la tercera década del presente siglo, todavía el pueblo se enardeció en los comicios electorales, en torno a la figura de don José Vasconcelos, y aunque Ortiz Rubio llegó al poder, el pobre no pudo soportar por largo tiempo la responsabilidad y fué sustituido por Abelardo L. Rodríguez, el incondicional; éste, como buen hombre de negocios, inició el débil encauzamiento de la economía nacional hacia un nivel soportable, pero eso no lo libró de seguir siendo un estadista anodino o inocuo. Tan es así, que al designar sucesor se tropezó con el muro helado de la indiferencia ciudadana.

Liquidados anticipadamente y con ignominia los partidos Antireeleccionista, Liberal Constitucionalista y Cooperatista, la democracia estaba confiada al engendro de Calles, que asesorado por Portes Gil, plasmó en el Partido Nacional Revolucionario; la antes poderosa CROM, prohibida por el Partido Laborista, había despertado celos y

afanosamente se buscaba la manera de neutralizar su influencia. El pueblo ni siquiera se tomaba la molestia de acudir a las urnas electorales. Cárdenas llegó al poder sin pena ni gloria, y el estigma de la imposición le enajenaba el afecto popular.

Su conducta inicial fué desconcertante y evidentemente orientada a sacudir la indiferencia. Empezó por manumitirse violentamente de la tutela callista. Pero la ola roja, gestada en el rincón de Anzures bajo el signo del maxismo, se desbordó con gárrula insolencia: se blasfemaba pública y oficialmente en los "sábados rojos" organizados por Garrido Canabal, mientras se toleraba la protección que Cedillo otorgaba al Clero; el alarido de Calles en Guadalajara, por el que reclamó la propiedad del Estado sobre los hijos de la familia, vino a concretarse en la reforma del artículo tercero constitucional, haciendo la educación secular, inmoral y anticientífica; las hordas de los "camisas rojas" eran una amenaza constante para la sociedad mexicana y acabaron su ingrata tarea con la trágica matanza de católicos en Coyoacán.

Cárdenas carecía de planes y era muy susceptible a la adulación. En el terreno económico, dislocó la producción nacional repartiendo los terrenos algodoneros de La Laguna y los henequeneros de Yucatán, para llegar más tarde a la expropiación del petróleo. Se sentía un iluminado.

A pesar de todo, la situación en el campo era aterradora. El caciquismo fué el devastador azote que esterilizó toda posible productividad del ejido. Los agentes del Banco Ejidal, los comisariados ejidales, las reservas agrarias, no regatearon medios para mantener la unidad de la familia revolucionaria y conseguir con ello un respeto servil hacia "papá gobierno", de quien todo esperaban. El anatocismo, la rapiña, los despojos, el abigeato, los asaltos a mano armada, el robo y los asesinatos, fueron los medios de que

se valió el régimen cardenista para hacerse sentir en el campo. Cárdenas hacía grandes recorridos por el suelo patrio, haciendo promesas a los campesinos que nunca llegó a cumplir.

En ese ambiente se inició el Movimiento Sinarquista.

Pero sería falso reducir la dimensión histórica del Sinarquismo a lo meramente anecdótico, a la suma aritmética de versiones individuales acerca de un acontecimiento que, desde su origen, se ha venido nutriendo en las aspiraciones de todo un pueblo. Es verdad, sin embargo, que José Antonio Urquiza, encajado en un equipo providencial de hombres, con el auxilio de insinuaciones diversas, fué el iniciador del Movimiento; pero esa es una verdad sujeta a condición, una afirmación en entredicho, mientras no se entienda que José Antonio —como todo predestinado— logró polarizar todas las angustias, zozobras y congojas que ya flotaban en el ambiente y empezaban a tomar cuerpo en decisiones definitivas y trascendentes.

En Villahermosa, por ejemplo, Salvador Abascal encabezaba al pueblo para reconquistar la libertad religiosa; en Querétaro, en Morelia, en Guadalajara, se formulaban planes. Los dirigentes tenían contactos accidentales, había diferencia de opiniones, se estudiaba con ahinco y se formulaban consultas.

José Antonio Urquiza, José Trueba, Manuel Zermeno, Juan Ignacio Padilla, Rubén y Guillermo Mendoza Heredia, dieron cima a la obra la noche del veintitrés de mayo de mil novecientos treinta y siete, en León, Gto.

Allí se inició el Sinarquismo con una explosión de entusiasmo, de fe y de coraje.

No había planes propiamente tales, pero había hombres. Se carecía de una doctrina sistematizada, pero había voluntad de lucha. Lo primero fué constituir un Comité Organizador, que en el término de un mes redactó el ma-

nifiesto y lo dió a conocer por todos los rumbos. Pronto, muy pronto, el incendio cundió. Querétaro, Irapuato, Celaya, Dolores Hidalgo, San Luis Potosí, Tampico, Durango, Ciudad Juárez, Mérida, tuvieron sus comités instalados. Se trabajaba intensamente en todas partes. José Antonio Urquiza, Salvador Abascal y otros muchos viajaban sin descanso.

El Sinarquismo se dejó sentir inicialmente en Guanajuato, porque en León residía el Comité Organizador. Luis I. Rodríguez, testaferro de Cárdenas y a la sazón Gobernador de Guanajuato, se asustó y expulsó de su Estado a los dirigentes, que fueron a instalarse a la Capital de la República. Ocupaba la Jefatura Nacional José Trueba Olivares. Se empezó a publicar el "Boletín" mimeográfico como medio de comunicación entre todos los sinarquistas.

Por urgencias económicas, José Trueba Olivares renunció a la Jefatura, ocupando su lugar Manuel Zermeno.

José Antonio Urquiza fué asesinado el 11 de abril de 1938.

El Jefe Nacional contestó la agresión con una mayor actividad en todos los centros. Los comunistas asaltaron los comités de Ciudad Juárez, Guanajuato y Mérida, pero ya para entonces el Sinarquismo se había extendido por los Estados de Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí, Aguascalientes, Jalisco, Colima, Nayarit y Guerrero.

En una asamblea celebrada en Tepic, Manuel Zermeno fué herido, por la espalda. Ya para entonces se venía publicando nuestra revista mensual "Sinarquismo" y el ataque de la rojería tuvo como respuesta la publicación de nuestro semanario "El Sinarquista", agresivo, valiente, resuelto y decidido, claro y contundente.

No se respetaba el derecho de reunión, pero al caer Adrián Servín en Querétaro, el pueblo protestó en la plaza, a pesar de las carabinas de los esbirros. Asesinan a

nuestros soldados en Juan Martín, y el pueblo entero de Celaya acude al sepelio, durante el cual es objeto de nueva agresión.

La sangre empieza a dar sus frutos. El Sinarquismo contesta golpe por golpe. En León, en Morelia, en Guadalupe, en todas partes donde hay peligro, se hacen marchas públicas.

Se ha iniciado la conquista de Michoacán, estado clave para dominar el centro del país. En todas partes nos agreden, pero ningún sinarquista se doblega ni se asusta.

El trece de septiembre de 1939 se celebra la primera Junta Nacional de Jefes Sinarquistas en la Capital de la República. Acuden sesenta jerarcas representando cada uno a su aguerrido grupo.

Manuel Zermeno ha dado un impulso glorioso al Movimiento y decide retirarse. Queda en la Jefatura Salvador Abascal que es el constructor de nuestra MISTICA, como José Trueba de nuestro IDEARIO y Manuel Zermeno de nuestro ESTILO.

Arrecia la pelea. Se despoja a los ejidatarios que abrazan nuestro Movimiento, se persigue a los campesinos que vienen a nuestras filas, se encarcela, se asalta, se tortura y se mata a muchos de nuestros hombres, pero la consigna está dada: NO ESPERAMOS NI DAREMOS CUARTTEL, ES LA HORA DEL SACRIFICIO; POR DIOS Y POR LA PATRIA, ADELANTE, CUESTE LO QUE CUESTE.

Por trasmano los políticos nos buscan. Avila Camacho, como candidato, quiere pactar con el Sinarquismo, ofreciéndole justicia. Se le contesta con claridad: no iremos con Almazán ni con ningún otro, estamos convencidos de que hay fraude en las elecciones.

El Sinarquismo es ya fuerte, vigoroso, firme.

Abascal planea una obra gigantesca: colonizar la Ba-

ja California y la ruta del Padre Kino. Se enamora del proyecto y asume la responsabilidad de la tarea. Los men- guados recursos económicos del Sinarquismo se vuelcan en las colonias de María Auxiliadora y Villa Kino. Manuel Torres Bueno ocupa la Jefatura Nacional.

México ha reanudado sus relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. Oumansky convierte la embajada rusa en el centro de conspiraciones rojas para toda América Latina. No le gusta al representante soviético lo que se publica en nuestro semanario "El Sinarquista" y se queja constantemente a la Secretaría de Gobernación. Los agentes de esta dependencia nos vigilan estrechamente y de un zarpazo clausuran nuestro periódico. Se imprime clandestinamente, pero hay dificultades para distribuirlo. Semanariamente se vendían ochenta y cinco mil ejemplares.

Nos acusa la Procuraduría General de la Nación y se nos abre un proceso, pero sin detenido. Hacemos fracasar los planes de Oumansky y lo dejamos burlado. Pronto muere el embajador ruso víctima de un accidente —esto, a lo menos, se dijo— y nosotros seguimos adelante.

Por voluntad de todas las jerarquías del Movimiento, se da a éste una nueva organización, designándose a Gildardo González como sucesor de Manuel Torres Bueno. La principal preocupación de Gildardo González es dar cuerpo a la legislación sinarquista y se redactan los primeros estatutos que tiene la UNS. Además logra mantener viva la fe sinarquista, no obstante el colapso del Movimiento entero, provocado por la incolora condescendencia del régimen de Avila Camacho.

Se pone en vigor la nueva Ley Electoral y Gildardo González da cima a la constitución de nuestro partido político "Fuerza Popular", presidido por Enrique Morfin.

En cumplimiento de nuestros estatutos, se elige como sucesor de Gildardo González a Luis Martines Narezo,

bajo cuya jefatura ocurrió la cancelación del registro de nuestro partido "Fuerza Popular", como torpe represalia a un juicio emitido públicamente por la U.N.S. en torno a Benito Juárez.

Martínez Narezo enfocó las baterías de la UNS hacia la creación de Organismos Profesionales.

Actualmente ocupa la Jefatura Nacional Juan Ignacio Padilla, uno de los fundadores del Movimiento.

Tal es, en sinopsis, la ruta histórica del Movimiento más auténticamente popular, más pujante y más limpio de México, que avanza dificultosa, pero certeramente, hacia la implantación del Orden Cristiano en México.

II

IDEARIO Y POSTULADOS

P R E A M B U L O

El olvido de Dios es el máximo desorden en la vida de los pueblos, del que se derivan las grandes y pequeñas subversiones que los alejan de la verdad, de la justicia y de la felicidad. El Estado Mexicano se ha venido desenvolviendo bajo el signo del desorden.

Frente al ya secular empeño de borrar el nombre de Dios de las instituciones mexicanas, lo que entraña una actitud fundamentalmente religiosa, aunque negativa, el Sinarquismo vuelve los ojos a la Verdad Suma y sobre ella finca todo su programa, por el convencimiento que tiene de que toda construcción levantada sobre bases falsas no podrá dar como resultado sino el error, del que se derivan todos los males. Desde su iniciación, el Sinarquismo ha levantado la bandera de Dios; de Dios Uno y Trino, personal, Providente, Creador, Redentor y sostenedor del hombre, en quien ha impreso una irrevocable vocación hacia la felicidad perfecta que cada quien debe perseguir por su propia voluntad. Atribuimos a Dios el bien en todas sus manifestaciones, en tanto que imputamos al hombre todo el mal que produce el desacato de las leyes divinas; no creemos en la preexcelencia de la sociedad ni tampoco en los vicios congénitos de la misma, sino que, con-

siderándola como el más eficaz instrumento para la salvación individual, la colocamos por debajo del valor personal del hombre y sostenemos que los vicios de cualquier conglomerado humano no son sino la consecuencia de transgresiones y errores, ya individuales ya colectivos. En suma: Congruentes con el concepto que tenemos de Dios, admitimos su autoridad en todos los órdenes y sostenemos que fuera de El no puede alcanzarse bien alguno.

De este principio hace derivar el Sinarquismo toda su doctrina política y social.

Dios presidió la conducta política de nuestra nación, hasta el momento en que los monarcas españoles dejaron de admitir los Santos Evangelios como la única fuente de sus medidas gubernamentales. Mientras la Bula "Inter Caetera" y el Testamento de Isabel la Católica constituyeron la Carta Magna para los reinos americanos, la autoridad se ejerció con las explicables limitaciones de los hombres, pero con una dirección perfectamente definida hacia los valores eternos. El abandono de esta línea de conducta fué lo que, en el fondo, originó el desmembramiento del Imperio Español.

Empezaron a perderse las directrices Católicas en México, cuando Poinssot organizó las dos facciones masónicas de yorkinos y escoceses; fué así como don Guadalupe Victoria pudo enfrentarse con don Vicente Guerrero, siendo ambos hermanos entrañables en las luchas libertarias. Políticamente, México vivía ya en el error; las conciencias de los estadistas estaban desviadas, y así transcurre el interregno que va a culminar con la Constitución de 1857

que todavía se dice dictada "en el nombre de Dios y con la autoridad del pueblo mexicano". Pero la revolución tuvo que estallar, con Gómez Farías como precursor y con Juárez como abanderado, no teniendo éste otra misión en México que atacar la fe católica de los mexicanos y frustrar la democracia, desvirtuando la división de poderes y entronizando el fraude electoral. Desterrado Dios de las esferas oficiales, sobrevino la corrupción en todos los órdenes, corrupción que hizo posible el advenimiento de la dictadura porfirista que, nacida de una revolución, frenó los anhelos populares con la cataplasma de una buena administración. La dictadura Porfirista tuvo que provocar la insurrección.

Desde las bases constitutivas de 1824, la Constitución del mismo año, la de las Siete Leyes y la de 1857, hasta la de 1917, todas las cartas magnas se han impuesto al pueblo mexicano sin que éste haya tenido la oportunidad siquiera para reprobirlas, pues cualquier disenso era ahogado en sangre. Si lo anterior puede decirse de la ley escrita, en la práctica los diversos sistemas constitucionales eran letra muerta en cuanto a la intervención del pueblo para la designación de gobernantes. Si acaso podría admitirse como excepción el caso de Madero, que fué popularmente elegido a falta de otra figura destacada; pero ni siquiera esto significa una consciente intervención popular en la elección de gobernantes, porque ocurrió en medio de la zozobra que provocara la revolución ya desatada.

Se pervirtió la democracia porque no tenía su principio en Dios; se corrompieron las leyes por cuanto se ha-

bían olvidado los preceptos divinos; se desquició la economía porque se ignoraban los deberes de justicia y caridad; se entronizó el fraude electoral porque la autoridad se estimó como botín de guerra, olvidando que no es sino participación de la divina; se llegó hasta la creación de un monstruoso partido oficial que por sí solo bastaría para dar al traste con cualquiera aspiración democrática; y la distribución de la riqueza llegó a ser tan flagrantemente injusta que, a base de monopolios, negocios sucios, compadrazgos inconfesables y una avidez insaciable por esquilmar al pueblo, no menos de cinco mil pelandrufo se convirtieron en millonarios al amparo del poder revolucionario. La revolución que se inicia en México con Gómez Farías y Juárez, no ha sido, pues, otra cosa que el imperio del *desorden*, desorden que culminó con Plutarco Elías Calles, resplandeció con Lázaro Cárdenas, se disimuló con Manuel Avila Camacho y se perfeccionó con Miguel Alemán.

SINARQUISMO

Etimológicamente (*syn-con* y *arjé-orden*, autoridad, gobierno), SINARQUISMO es decisión de ORDEN. El principio de orden abrazado por el Sinarquismo es el Cristianismo en su auténtica concepción católica. Cristo-Dios es el único que no puede equivocarse ni engañarnos.

En tanto que la palabra *anarquismo* significa, en el campo político-social, la negación y la ausencia de todo gobierno y de todo derecho, la palabra *Sinarquismo* es afirmación de lo uno y de lo otro: del gobierno, considerado como el grupo selecto de los que disponen de la mayor fuerza dentro de una nación y que, por haberla recibido para servir a la comunidad, deben aplicarla siempre a conseguir el fin natural y el bien común de quienes la componen; del derecho, entendido como el cuerpo de reglas obligatorias de conducta que tienen como fin la justicia. Un gobierno que ame y sirva a su pueblo y una patria donde impere el derecho al servicio de la justicia: he ahí lo que, de acuerdo con la significación del término, quiere el Sinarquismo.

La Unión Nacional Sinarquista es una organización integrada por mexicanos, cuya suprema finalidad es implantar en México el Orden Social Cristiano y cooperar

a que éste se establezca en el mundo. Aspiramos a un Estado mexicano y a un mundo en que todas las relaciones humanas se normen por la filosofía, por la dogmática y por la moral del Cristianismo, y por ello luchamos.

El Sinarquismo quiere una sociedad regida por una autoridad legítima emanada de la libre actividad selectiva de la nación, que garantice el orden social dentro del cual encuentren todos su felicidad; pero no de un modo egoísta, sino procurando que todos alcancen el bien que cada uno desea para sí.

Frente a cada dolor humano, frente a cada mal social, el Sinarquismo se propone estudiar la forma de suprimirlo y trabajar hasta conseguir este fin.

Ninguna cosa que tenga trascendencia social le será indiferente; el bien común habrá de ser su ocupación constante y su tarea de siempre será trabajar para alcanzarlo.

El Sinarquismo es un modo de ser y de vivir, un modo de sentir y de obrar frente a los problemas que afectan el interés general. Es una actividad espiritual generosa, es el ánimo y la voluntad siempre dispuestos a servir a los demás.

El Sinarquismo es, a un tiempo mismo, *escuela y acción*. Es escuela sembradora de ideales y ordenadora de valores, que nos enseña a poner siempre el ideal del espíritu sobre los intereses de la materia; que nos enseña a ser honrados, leales, patriotas, justicieros y libres; que nos enseña a armonizar la acción con el pensamiento y a buscar primero el orden interno como garantía del orden so-

cial; que nos enseña a ser justos primero y después a exigir justicia. El Sinarquismo es la escuela que nos enseña el camino de la dignidad, donde aprendemos a no pedir sin merecer; es la escuela que nos enseña a *servir* y que hace del servicio una ley de vida.

Pero el Sinarquismo es *pensamiento activo* que nos impulsa a luchar, a ser útiles. El sinarquista no se contenta con sustentar una doctrina, sino que la vive y la propaga con la palabra y con el ejemplo. El sinarquista es misionero y combatiente, mitad *monje*, mitad *soldado*, que ruega a Dios y lucha esforzadamente por que impere el Orden Social Cristiano en su vida, en su familia, en su municipio y en su patria.

El Sinarquismo no es una doctrina muerta, sino una acción vigorosa de miles y miles de voluntades unidas en la misma fe y en un solo mando para salvar a México.

Por cuanto es fundamentalmente acción, el Sinarquismo se llama también MOVIMIENTO NACIONAL SINARQUISTA.

Las razones que tuvimos en cuenta para que nuestra organización llevara el nombre de *Unión Nacional Sinarquista*, son las siguientes: nuestra posición es una posición nueva frente a México. De acuerdo con los principios unánimemente aceptados por los fundadores, nuestra agrupación debía ser distinta de cuantas han existido en México; por lo que era necesario encontrar un nombre nuevo que le diera un sello inconfundible. El ideal que une a todos los sinarquistas no es otro que el de luchar por la grandeza y prosperidad de México y por la unión y bien-

estar espiritual y material de todos los mexicanos. Ese ideal no podría lograrse sino sobre la base de una verdadera solidaridad social que asegurara la libertad de todos, y en la que los principios de *justicia social* alcanzaran su mayor grado de realización. El conjunto de estas cosas es lo que constituye el *orden social*, el cual no se concibe sin una *autoridad* que mire por el bien común y tenga la fuerza moral y material suficiente para imponer ese orden. Por lo tanto, la denominación *Unión Nacional Sinarquista* era la más adecuada para servir de signo al Movimiento que nacía para agrupar a cuantos defienden la autoridad y el orden social.

EL HOMBRE

El hombre —imagen de Dios, dueño de su propio destino, centro de gravitación del universo, señor de la tierra, libre de perderse o de salvarse— no puede ser reducido a mera unidad de esa masa inconsciente y amorfa llamada pueblo; tampoco puede ser considerado simplemente como un accionista que se reúne con otros hombres para formar la sociedad anónima del Estado. El hombre es hombre, esto es, hijo de Dios. Como tal, tiene un alma que salvar y sublimar y un cuerpo al que ha de cuidar y gobernar como instrumento de su propia grandeza.

El hombre es el centro de la vida y de cuanto en ella existe; todo fué ordenado a su servicio, a la consecución de su finalidad temporal y ultraterrena. El hombre es una substancia individual de naturaleza racional, a ninguna cosa está ordenado, es una persona. El hombre tiene un destino, una tarea individual que nadie puede hacer por él, porque es intransferible. Es el único responsable de su propio destino. Ni el pueblo, ni la sociedad, pueden usurpar sus derechos inmanentes, porque ni uno ni otra podrán responder de su salvación personal.

El hombre va libremente hacia su fin o se aparta de él, y en esta libertad, que es lo fundamentalmente huma-

no, lo fundamentalmente personal, el hombre actúa como motor, como sujeto productor de actos que, por lo tanto, le son imputados y de los que se hace responsable.

El hombre, por vocación eterna, es un valor superior al Estado, a la clase, a la raza y a cualquiera otra entidad contingente.

El hombre no es un instrumento ni un medio, sino un fin; su dignidad debe ser respetada por los demás hombres, por las instituciones y por el Estado mismo.

POSTULADO

El hombre debe ser el centro de toda actividad social y política.

LA LIBERTAD

Para que el hombre pueda ser responsable de su propio destino, debe ser dueño de sus actos, debe ser *libre*. La libertad da al hombre la dignidad de estar en manos de su propio consejo y tener la potestad de sus acciones. El hombre, al ejercitar la facultad de elegir aquello que mejor lo conduzca a su bien, de acuerdo con la razón, no debe tener más límites que el bien moral, el derecho de los demás hombres y el bien común salvaguardado por las leyes que legítimamente lo promueven. Es legítima la libertad que aumenta la facilidad de obrar el bien, como es ilegítimo y pernicioso el abuso de la libertad en detrimento, de la verdad, de la justicia y de la paz social.

La libertad es el ambiente digno y necesario de la vida del hombre; pero el orden social, que impone ciertas limitaciones a la libertad individual, es a su vez el único ambiente en el que puede desarrollarse la vida humana.

POSTULADOS

El Sinarquismo condena la violación de las naturales libertades del hombre y lucha contra toda forma de esclavitud de los espíritus. Es ardiente defensor de la libertad, pero se declara enemigo del libertinaje, causa

de la anarquía y del desorden, contrarios a la autoridad y al orden social que propugna.

Los sinarquistas amamos la libertad más que la vida misma y rechazamos todas las tiranías.

LOS BIENES MATERIALES

Para que el hombre pueda ser efectivamente libre, es preciso que esté en condiciones de satisfacer las exigencias de su naturaleza. El hombre está capacitado para ganarse el pan por su propio esfuerzo, sin dejar de ser señor de sí mismo.

Dios creó el mundo para el servicio del hombre, de todos los hombres por igual, si por igual trabajan, pudiendo hacerlo. Lo que la tierra produce debe bastar para que todos vivamos satisfechos y en paz.

La esclavitud y toda clase de dominación del hombre por el hombre, que se apoya en la indigencia del dominado, es un crimen de lesa humanidad, que debe ser borrado de la superficie de la tierra. Ningún hombre debe verse constreñido a enajenar su libertad y su dignidad a cambio de sus bienes vitales.

Los menos afortunados, jamás deberán renunciar a su puesto en la mesa del Padre común. Los más socorridos legítimamente con los bienes de fortuna, no deberán olvidar que, al mismo tiempo que partícipes de los productos de la tierra, son administradores del patrimonio común. Y así, una vez satisfechas y previstas las necesidades propias y las de su familia, deben mirar amplia-

mente por la ventana de la justicia y de la caridad para con los prójimos necesitados.

Teniendo presente el destino providencial de todo lo creado, para el servicio del hombre, para todos los hombres, resulta claro que las riquezas no cumplen su misión atesoradas, sino destinadas a satisfacer las necesidades.

POSTULADO

El Sinarquismo pugna por que ningún hombre sea constreñido a enajenar su libertad y su dignidad a cambio de sus bienes vitales.

LA PROPIEDAD

Para que el hombre sea libre y pueda disfrutar con tranquilidad y seguridad de los bienes necesarios para su subsistencia, es necesario que tenga, no sólo el uso, sino el más completo derecho de propiedad sobre los mismos.

Pero la apropiación no puede ser arbitraria ni obedecer a la ley del más fuerte. Por maldición divina, el hombre tiene que trabajar, y es el trabajo el título de apropiación por excelencia. Es igualmente legítima la propiedad que se adquiere a título de herencia o donación, puesto que el hombre que lleva impreso el sentido de la perdurabilidad, tiene derecho para trabajar en beneficio propio y de sus descendientes o allegados. La propiedad legítimamente adquirida puede acrecerse con la sobriedad y el ahorro que, por lo mismo, son también títulos para detentarla.

La propiedad privada es una institución fundamental para la paz y el bienestar públicos: para que impere la Justicia, para que uno se abstenga de invadir y atropellar el derecho de otro, es necesario saber con claridad qué es lo propio y qué es lo ajeno.

Contra los abusos del capitalismo individualista, es preciso sostener la función social de la propiedad privada:

el legítimo propietario tiene sobre los bienes el dominio directo y el dominio útil, pero en el ejercicio de éstos nunca puede abusar en perjuicio de la colectividad. Contra las aberraciones del colectivismo, se ha de defender el carácter eminentemente individual de la propiedad, cuyo ejercicio jamás ha de entrañar despojo, ni para la persona, ni para la comunidad.

La función social de la propiedad privada debe estar clara y justamente determinada por las leyes positivas, a efecto de que el Estado no despoje al propietario de sus bienes sino en casos comprobados de grave necesidad colectiva y previa la indemnización que en justicia le corresponde.

POSTULADO

El Sinarquismo se proclama defensor de la propiedad privada porque en ella radica la libertad del hombre, y exige la creación de condiciones sociales que hagan posible a todos los que trabajan el fácil acceso a la misma. Frente al grito comunista "Todos Proletarios", el sinarquismo opone el suyo "TODOS PROPIETARIOS".

LA FAMILIA

Porque Dios ha querido que el hombre nazca en el seno de una familia, después del excelso valor de la persona humana, la familia constituye el núcleo de mayor importancia para la consecución del fin individual y la verdadera célula de las sociedades, de tal manera que la disgregación de la familia siempre se refleja en graves trastornos de la colectividad.

La procreación y la educación de la prole son derechos y tareas que nadie puede disputar al padre y a la madre, porque de nadie los han recibido sino de sólo Dios.

Antes que el clan, antes que la ciudad, antes que el municipio, antes que la nación, antes que todo agrupamiento y antes que la autoridad civil, la familia existe como una entidad autónoma, completa, independiente, intocable. Su régimen interno debe ser tan ajeno a las influencias externas, como el laboratorio de la naturaleza donde nacen los animales y los vegetales. La familia es el laboratorio divino donde germina y alcanza plenitud el hombre.

Si alguna intervención han de tener en la familia los órganos del poder, ha de ser sólo de cuidado, de protección, de auxilio y de defensa. Pero si esto diera lugar a

intervenciones nocivas, exigimos entonces para la familia una sola cosa: respeto.

Un gobierno que, lejos de respetar a la familia, de protegerla, cuidarla, defenderla y auxiliarla, atenta contra su unidad, contra su autonomía, contra su moralidad y contra su integridad, es un gobierno que debe desaparecer para que no desaparezca la comunidad que lo tolera. Nada ni nadie puede quitar a la familia su carácter institucional.

Querer que se entrometa el poder civil hasta lo íntimo del hogar es un gravísimo error. Si alguna familia se halla en extrema necesidad y no puede por sí remediarla, justo es que la autoridad pública acuda en su auxilio por ser cada una de las familias una parte de la sociedad. Del mismo modo, si dentro del hogar doméstico surgiera una perturbación grave de los derechos mutuos, interponga la autoridad pública para dar a cada uno lo suyo, pues no es esto usurpar los derechos familiares, sino protegerlos con una justa tutela. Hasta allí terminan las atribuciones del Estado, porque es tal la patria potestad, que no puede ser ni extinguida ni absorbida por aquél.

No habrá hombres vigorosos espiritual y físicamente mientras el seno familiar de donde proceden esté desquiciado y estragado por las malas costumbres y por los vicios.

POSTULADOS

Por tener la familia derechos anteriores y superiores a los del Estado, el gobierno no sólo debe respetar-

la, cuidarla, auxiliarla y defenderla, sino que debe abstenerse de intervenir en su régimen interno y de poner trabas a su desenvolvimiento y natural desarrollo.

El sinarquismo lucha contra el concepto materialista de la familia y se propone restituir legalmente al matrimonio su unicidad e indisolubilidad.

EL SALARIO FAMILIAR

El que tiene la ineludible obligación de alimentar y educar a los hijos, tiene el derecho correlativo y debe tener la posibilidad de allegarse los medios suficientes para que, de acuerdo con su estado y condición, subsane sus deberes familiares.

Salvo los casos en que puede disponer de recursos extraordinarios, al hombre le ha sido dado el trabajo personal como único medio honesto y justo de subvenir a sus necesidades y a las de aquéllos que le han sido confiados. Consecuentemente, en absoluta justicia conmutativa, el producto de su trabajo debe bastar a todo hombre para satisfacer sus necesidades familiares. Si el trabajador da todo lo que tiene —su trabajo—, debe recibir a cambio —como mínimo— todo lo que necesita.

POSTULADO

En el plano de la justicia conmutativa, el Sinarquismo exige que el trabajador que lealmente trabaja obtenga lo suficiente para satisfacer sus necesidades personales y las de su familia, incluyendo el honesto esparcimiento, de acuerdo con su estado y condición.

EL PATRIMONIO FAMILIAR

Dentro de una organización social ordenada y justa, deben preverse las eventualidades adversas que pueden sobrevenir a la familia cuya existencia, seguridad y normal desenvolvimiento deben ser preocupación fundamental, así para los directamente encargados de ella, como para los que han asumido las responsabilidades del bien común. Toda familia debe tener asegurado en alguna forma su porvenir económico que es, en última instancia, el porvenir de la comunidad nacional. Uno de los medios más prudentes y eficaces lo es el *patrimonio familiar*, cuya constitución debe ser facilitada por el Estado, creando las condiciones que la propician.

* POSTULADO

El Sinarquismo pugna por la creación de condiciones económicas que propicien la formación del patrimonio familiar, como uno de los medios más prudentes para asegurar el porvenir de la familia.

LA SOCIEDAD CIVIL

Su propia limitación lleva al hombre a buscar la cooperación de sus semejantes. Dada su ordenación natural a la vida colectiva, busca y acepta hacerse socio de aquéllos que, como él, necesitan el bienestar y la seguridad que resultan de la interparticipación de aptitudes y de la solidaridad basada en intereses comunes. La sociedad no es otra cosa que la mutua ayuda organizada.

Existen una exigencia y un deber de sociedad. El hombre no puede alcanzar su fin sino en sociedad. Y es un deber la vida en sociedad, porque cada hombre, a la vez que busca su propio bien en ella, debe poner sus aptitudes al servicio de los demás. Pero la sociedad no es un fin en sí misma, sino el medio que, de acuerdo con su naturaleza, realizan los hombres para buscar su propio bien, el bien de todos, el bien común.

La sociedad es, pues, una exigencia de la naturaleza humana, y las formas que adopta dependen de la razón, la voluntad y el libre consentimiento de los hombres. Es, por otra parte, un hecho que todos podemos percibir y que consiste en la reunión de personas que de manera constante persiguen un bien por todos ellos conocido y desea-

do, ya sea en forma consciente, ya inconsciente, o ya mediante la amenaza o aplicación del castigo.

Caracteres generales.

1.—*Pluralidad.*—La idea misma de sociedad implica la de pluralidad, es decir, se exige en principio la existencia de una multitud de seres, porque resulta obvio que un individuo no puede asociarse consigo mismo.

2.—*Unión.*—En segundo lugar, la palabra sociedad significa también unión, pues no basta la simple existencia de varios seres, sino que es necesario que estos individuos tengan comunicación entre sí, que estén en contacto, que haya cierta comunicación entre ellos. No podría ser de otra manera, puesto que la sociedad humana está integrada por hombres que llevan inscrita en sí mismos una radical generosidad.

3.—*Convivencia.*—Es además necesario que los individuos que forman una sociedad, sean seres dotados de vida. Pero no es suficiente una convivencia puramente material, como ocurre entre las hormigas, pongamos por caso, sino que se requiere una convivencia moral que haga posible la intercomunicación de seres inteligentes y libres.

4.—*Estabilidad.* — Finalmente, no constituye verdadera sociedad una reunión transitoria de personas con un motivo accidental, sino que toda auténtica sociedad se estructura de manera permanente, para alcanzar su fin específico, que consiste en servir de medio necesario para ayudar al hombre a alcanzar su fin personal.

En resumen, la sociedad es un todo cuyas partes son a su vez "todos"; es un organismo hecho de seres libres,

no de células vegetativas, constituido por seres que existen, no de bestias que subsisten, integrado por hombres que tienen la vocación de superexistir por encima del tiempo y del espacio y con absoluta independencia de los accidentes de este mundo.

POSTULADO

La sociedad no nació ni subsiste en virtud de un simple contrato, sino que es una exigencia de la naturaleza humana. Las formas que adopta dependen de la razón, la voluntad y el libre consentimiento de los hombres, que tienen la vocación de superexistir por encima de los accidentes del tiempo y del espacio.

EL MUNICIPIO

Remediando la incapacidad del núcleo familiar, surge el municipio como agrupación espontánea de familias unidas entre sí por la indigencia de cada una, por la vecindad, por la identidad de costumbres y por la comunidad de intereses; con la misión específica e intransferible de proteger, estimular y aumentar las fuerzas espirituales y materiales de las personas que en su ámbito espacial conviven. Allí, en contacto directo gobernantes y gobernados, todos enfrentados a los mismos problemas, todos partícipes de idénticas realidades, benéficas o adversas, forjan de consuno el destino colectivo.

Las necesidades comunales determinan la función que incumbe al municipio, a saber: proteger los derechos y promover el desarrollo de todos sus integrantes; regular las relaciones entre familias y organismos; velar por el bien general, promoviendo el perfeccionamiento intelectual, moral y material de todos. Su acción se extiende a asistir a los huérfanos, enfermos e inválidos; cuidar de la instrucción pública; velar por el orden, la higiene y la moral públicas; atender a la urbanización, al buen estado de las vías y del alumbrado públicos, al abastecimiento de agua y de víveres, a los transportes y, en general, a todo

aquello que supera las fuerzas de las entidades inferiores y que condiciona el bien común de la entidad municipal.

De lo anterior se infiere que el municipio tiene la facultad de gravar a los ciudadanos con justos impuestos, según las posibilidades de aquéllos y las exigencias del bien común; tiene, asimismo, la facultad inviolable de poseer bienes comunales propios. Para que el municipio pueda cumplir su función como promotor y protector del bien comunal, requiere gozar de autonomía. La autonomía municipal comprende dos cosas: el derecho de la comunidad municipal de elegir su ayuntamiento y la libertad de acción y de administración de los fondos municipales por parte de éstos.

Los electores municipales conocen mejor que nadie a los mejores servidores de la comunidad: y los ayuntamientos locales conocen mejor que el poder central las necesidades de la localidad y los correspondientes remedios.

El hombre no puede elegir la patria donde ha de nacer; pero sí elige el municipio donde ha de vivir.

El municipio es el laboratorio del bien común y almacigo de las virtudes cívicas, cuyo fruto ha de ser la justa y pacífica convivencia.

Lo que dijimos de la familia, hemos de repetirlo respecto del municipio. Si alguna intervención han de tener en su vida interna los gobiernos centrales, ésta ha de ser de cuidado, de protección, de auxilio, de defensa y, en todo caso, de absoluto respeto.

POSTULADO

El Sinarquismo hace suya la bandera del municipio libre y pugna por conquistar la autonomía municipal, para que sean los vecinos de cada municipalidad quienes, sin intervenciones extrañas a la misma, designen libremente sus ayuntamientos y puedan éstos, sin compromisos ni componendas, dedicarse a servir a la comunidad municipal para el exclusivo beneficio de ésta. La hacienda municipal debe dejar de ser patrimonio de caciques, para aplicarse exclusivamente en beneficio de los contribuyentes.

LA REGION

Varios municipios que entre sí se complementan para formar una entidad geográfico-social, con elementos de vida propios y con instituciones y costumbres peculiares, integran la región, organismo natural que nace por necesidades poderosas que no pueden ser satisfechas con los solos recursos municipales. El nacimiento y la existencia de la región no se motiva ni se norma por razones de índole puramente política; en uno y en otra intervienen exigencias de orden social, civil, económico, histórico, literario, consuetudinario y tradicional. El Estado debe respetar sus fueros y su autonomía a las regiones que se formen espontáneamente dentro del territorio nacional, pero no debe dividir el mismo territorio y a sus habitantes para fines políticos o de administración. La actual división arbitraria del territorio nacional en Estados no corresponde a las regiones naturales, ni tuvo en cuenta ni tiene el bien de los mexicanos que habitan en ellas. Es una división política inadecuada que debe reconsiderarse para que advengan las regiones naturales y espontáneas.

POSTULADOS

La región debe perfilarse y nacer espontánea y li-

brememente por exigencias de determinantes sociales, civiles, económicas, históricas, consuetudinarias y tradicionales. La exigencia política no puede suplantar a la naturaleza en el nacimiento de las regiones.

Así el pueblo como las autoridades regionales, deben disfrutar de una inviolable autonomía ante el gobierno central, tanto en lo político como en lo administrativo, en cuanto no se oponga a la unidad y a la solidaridad nacionales.

EL ESTADO

El Estado —colectividad humana que, viviendo en un territorio delimitado, ha aceptado una forma de vida bajo un orden jurídico soberano y bajo la potestad de órganos de autoridad previamente determinados— constituye, por su amplitud, la más perfecta de las sociedades humanas.

Lo que justifica la organización estatal es la necesidad de que se coordinen y unifiquen los esfuerzos del núcleo social para hacer posible la mutua ayuda y la prosecución de los fines específicos de la comunidad política. Pero la unidad estatal no será uniformidad, sino armonía de las diferentes esferas que la integran.

El hombre pertenece al Estado, el hombre es parte integrante del Estado, sólo en cuanto su conducta forma parte del orden estatal, orden que no abarca al hombre entero, ni al hombre en cuanto tal, sino únicamente algunos de esos actos, determinadas acciones y omisiones que son necesarias para que el Estado cumpla su misión de bien común.

En principio, el Estado debe concretarse a establecer las condiciones generales que hagan posible el desarrollo que todas las personas, físicas y morales, deben alcanzar,

preferentemente, por sus facultades y fuerzas propias. Debe hacer accesibles a todos sus miembros los bienes generales. Pero no debe invadir nunca, ni tratar de dominar, la actividad que desarrollan aquéllos para su fin especial.

Debe velar por que se establezca una justa relación entre todos los partícipes para que se forme en la sociedad una atmósfera de fuerzas recíprocas, propias para favorecer el crecimiento general.

El Estado no debe suplantar las fuerzas sociales: no debe hacerse sacerdote, ni maestro, ni sabio o artista, ni agricultor, ni industrial, ni comerciante. El Estado, en una palabra, puede hacer únicamente aquello que excede las fuerzas de los individuos y de las asociaciones privadas, pero debe ejercer su acción supletoria, como un medio de educación, tendiendo, no a prolongar inútilmente la tutela, sino a abreviar en lo posible su duración.

El Estado no es, sin embargo, una institución de simple policía, ni su acción debe concretarse a respetar y garantizar la autonomía de las diferentes esferas que se mueven dentro de su unidad armónica. Debe indudablemente promover el desenvolvimiento y el progreso sociales, que es su misión primordial. Pero esta función estatal debe estar bien determinada en las leyes para que no desemboque en la opresión de la libertad individual y en el despotismo.

Tres son las funciones que tiene el Estado en su misión de promotor del bien común a través de la justicia.

a) Asegurar el reconocimiento, el respeto y la independencia debidos a las personas físicas y morales que for-

man parte de su entidad política, removiendo los obstáculos que impidan el libre desenvolvimiento de las actividades particulares;

b) Realizar la justicia social y legal;

c) Promover directa y positivamente el desarrollo y el progreso sociales, creando las condiciones generales que a ello concurren.

POSTULADO

El Sinarquismo rechaza el Estado no intervencionista, simple guardián de los egoísmos individuales, y rechaza igualmente la tiranía de los estados despóticos que, basados en la intervención omnímota de sus gobiernos, absorben las actividades individuales, esclavizan las voluntades y matan toda iniciativa privada.

LOS GOBERNADOS

El Estado empieza, el Estado nace, allí donde existe una colectividad humana cuyos integrantes buscan protección y complemento a su insuficiencia en la unidad de un orden jurídico y que, por lo mismo, están dispuestos a someterse a una autoridad.

El Estado es, pues, fundamentalmente, cooperación de todos en orden a la resultante deseada por todos: el bien común. La cooperación supone deberes, renunciaciones a la propia libertad, aportaciones, servicios, etc. La actividad de cada uno debe ser limitada de tal suerte que pueda coexistir con la actividad de todos y, si el bien que se persigue ha de ser común, el esfuerzo para alcanzarle deberá ser, igualmente común.

Celosos al defender la respetabilidad de la persona humana frente al Estado, hemos de ser igualmente celosos al exigir que la cooperación de los partícipes del Estado en las tareas que impone el progreso colectivo, sea espontánea y generosa.

Los deberes de los gobernados respecto del Estado, son los siguientes:

- 1.—Conservar su dignidad y jamás enajenársela;
- 2.—Vigilar que cumpla su fin específico;

3.—Ejercitar y defender sus derechos y cumplir sus obligaciones legales;

4.—Acatar las normas de derecho de cuyo cumplimiento depende el orden público;

5.—Resistir y eliminar a los malos gobernantes y cooperar con los buenos;

6.—Contribuir proporcionalmente al sostenimiento de los órganos y actividades del Estado y para mantener su decoro y su respetabilidad.

POSTULADO

Por ser el Sinarquismo una milicia al servicio de México, y por ser de sacrificio y de servicio su mística tradicional, antes que hablar de derechos, recuerda a los partícipes del Estado sus obligaciones y les exige que su cooperación en las tareas que impone el progreso colectivo, sea espontánea y generosa.

EL ORDEN JURIDICO

El ejercicio de la libertad y el uso de los bienes de la vida se encuentran limitados para cada hombre, por las exigencias de su fin propio y por las exigencias del fin que los demás hombres deben a su vez alcanzar. Es necesario precisar los límites de ese ejercicio y de esa participación mediante el reconocimiento y la observancia de una norma por todos. El derecho es elemento de coordinación, de orden, que hace posible la convivencia humana. Los individuos, las familias, los organismos profesionales, las sociedades llamas intermedias, tienen una finalidad propia que persiguen primordialmente, pero hay un fin común a todos los hombres y a todos los organismos sociales: la justicia, el bien común, para cuya consecución es preciso delimitar, coordinar, unificar las voluntades y las pretensiones. Tal es el fin del derecho.

El derecho que norma la conducta de una colectividad, para que sea tal, debe ser la manifestación de la voluntad general, en cuanto esta voluntad se fundamente en los valores supremos de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo.

Ni la voluntad ciega de la multitud, ni menos el capricho de dominación de un grupo o de un individuo

son capaces de crear derecho, al margen de los principios racionales de la verdad, del bien y de la justicia.

Para que la ley positiva sea reflejo de la ley natural y, por tanto, obligue, debe ser honesta, justa y posible: no debe pugnar con ley alguna superior; debe tender al bien común y proceder de autoridad legítima; su cumplimiento no debe ser superior a las fuerzas de aquéllos a quienes se impone. Tanto tiene de ley una norma, cuanto tiene de moral, de justa y de apta para producir el bien común. La ley que no reúne estos requisitos, ni es útil, porque no conduce a la paz social, ni es duradera, porque tarde o temprano desemboca en la revolución.

Las leyes no deben constituir invocaciones intempestivas, sino que deben ser producto de la evolución, lenta, sucesiva, histórica, de las costumbres sociales. Ni los individuos ni las asambleas legislativas deben dictar leyes como si dependiera tan sólo de su voluntad establecer el derecho de un país: deben tener en cuenta, no sólo lo que es bueno en sí, o lo que fué bueno para otros países, sino lo que es bueno precisamente en el país para el que legislan.

POSTULADOS

El Sinarquismo pugna por que impere en México el derecho al servicio de la justicia y del bien común.

La Constitución Política de México, impuesta por una facción, debe ser reconsiderada teniendo en cuenta

las costumbres, las necesidades y las aspiraciones de los mexicanos.

Pugnamos por la participación del pueblo en la actividad legislativa, a través de la iniciativa popular y del plebiscito.

EL PODER

Para que exista el orden estatal, es preciso un órgano de poder, un gobierno, que coordine los actos de los partícipes del Estado y que implante y asegure el orden jurídico aceptado. A la unidad de propósitos en torno a una forma de vida, debe corresponder la unidad de acción. Si el derecho vigente no se cumple, se deforma el Estado y no existe el orden social.

El gobierno, como órgano de dominación del Estado, sólo puede exigir de manera inmediata actividades, pero le es vedado imponer a los gobernados convicciones extrañas al propio fin estatal. El Estado es, sobre todo, una unidad de acción.

La misión general de la autoridad, como fuerza ordenadora, consiste en dirigir a la sociedad a su fin propio que es el bien común. No le basta con asegurar la mera coexistencia armónica de los derechos individuales, obtenida por la restricción de la libertad, sino que tiene que cuidar de que la acción de los partícipes tienda legalmente a realizar el fin de la sociedad.

La *justicia* y el *bien común*: he aquí los dos fines primordiales del poder del Estado.

La medida del poder debe darla siempre el derecho

establecido o claramente conferido. El desbordamiento del poder es de suyo subversión del orden, que desemboca en la violencia.

La autoridad es para la sociedad, y no a la inversa. Debe ser exterminada la tendencia a confundir el poder con un satisfactor fácil de personales ambiciones.

La diferencia entre un gobernante justo y un tirano consiste sólo en esto: que uno hace de las leyes el límite de su poder y del bien público el fin de su gobierno, y el otro fuerza cuanto hay para abrir paso a su propio albedrío y apetito.

Para que la potestad se mantenga en la justicia, importa que los gobernantes entiendan que el poder no se les ha concedido para su utilidad propia, y que la administración de lo cosa pública debe conducirse para utilidad de los que a ella están confiados, no de los que la tienen confiada.

La legitimidad sólo la da a un poder el derecho elaborado por los partícipes del Estado. El que asume el poder sin haber sido legítimamente promovido, es un usurpador que no tienen derecho de mandar y al que los súbditos no le deben obediencia. Si no se legitima, habrá que deshacerse de él, antes de que él empiece a deshacerse de los gobernados que le son hostiles.

Un gobierno ilegítimo en su origen, puede legitimarse por el consentimiento pasivo o tácito de los subordinados, que han visto que hace lo que tiene que hacer un buen gobierno, esto es, promover el bien común. Puede

legitimarse igualmente por su utilidad, a la luz del criterio del mal menor.

POSTULADO

El Sinarquismo quiere para México un gobierno justo, fuerte y respetable que, consciente de que el servicio del pueblo es la única razón de su poder, encuadre su acción dentro de los límites que fija el bien común del pueblo mexicano.

EL SERVICIO CIVIL

Todos aquellos que, ya como funcionarios, ya como empleados, dedican su actividad a satisfacer las funciones públicas, tienen legítimo derecho a una justa remuneración y a un trato digno, porque ellos trabajan directamente al servicio de la patria.

Pero este servicio no se presta bajo el signo de la contratación ni puede estar presidido por los mismos principios que regulan las relaciones obrero-patronales, ya que el Estado no es ni puede considerarse como una empresa privada, ni sus servidores pueden asimilarse a quienes prestan sus servicios en una tarea de interés privado. Al igual que el soldado, el burócrata sirve a su patria con las diarias tareas que desarrolla. Por eso es noble su labor y respetable su autoridad; por eso debe disfrutar de un justo salario y ser objeto de una celosa vigilancia para que nadie conculque sus derechos.

La revolución ha conculcado los derechos del empleado público al asignarle un salario de hambre; ha ofendido su dignidad humana al obligarlo a seguir determinada línea política mediante amenazas de descuentos, de cese o pérdida de sus derechos sindicales. La burocracia debe

ser un cuerpo digno y respetable y jamás debe ser usada como un ariete al servicio de intereses políticos.

Pero debe evitarse que la burocracia se desvincule del Estado y, sobre todo, que se enfrente al cuerpo de funcionarios públicos y les plantee conflictos, ya que con ello se pondría en serio peligro a las instituciones y órganos del Estado y provocarían una caótica situación con grave perjuicio de la tranquilidad y de la estabilidad públicas.

POSTULADOS

Los burócratas son servidores de la patria y no lacayos del político en turno. Como tales, merecen un salario justo y un trato digno de su calidad humana. Nadie tiene derecho de mutilar sus derechos políticos ni de usarlos como meznadas de respaldo.

El Sinarquismo pugna por una ley de Servicio Civil que substituya al peligroso y absurdo Estatuto Jurídico de los Trabajadores al Servicio del Estado.

LA REVOLUCION

La revolución no es un sistema de gobierno, sino una etapa transitoria de dominación, a través de la cual se trata de imponer una forma política nueva.

En México se ha perpetuado la etapa revolucionaria que se significa por una apariencia democrática y por un fondo mezcla de oligarquía y de monarquía.

El gobierno revolucionario es un gobierno prelegal porque: en él, el poder es conferido y ejercido de acuerdo con principios y reglas impuestos por la fuerza; porque no respeta el principio de legitimidad por el cual pretende justificar su poder; porque tergiversa y fabrica a su gusto la voluntad de la nación, la encadena y la dirige; en lugar de que la voluntad de la nación fabrique el gobierno.

El gobierno revolucionario es el régimen del miedo por excelencia; se sabe ilegítimo, ve enemigos por todas partes y ahoga toda oposición; crea policías y superpolicías porque, a falta del asentimiento voluntario, impone la sumisión por el terror. Presiente, de continuo, su derrumbamiento; censura y controla todas las manifestaciones del espíritu; fiscaliza la industria, la agricultura, el comercio. Va más adelante y fiscaliza la Iglesia, la familia, las costumbres, los gustos artísticos: se convierte en un gobierno

totalitario, y su totalitarismo no es más que la exteriorización del miedo que lo corroe. Y cuanto más extiende su poder y se acerca al absolutismo totalitario, más se asusta ante las oposiciones que adivina ocultas en el fondo de la opinión pública. Entonces trata de tranquilizarse sofisticando los órganos de expresión de la opinión pública, y acalla los periódicos dignos y compra los indignos, y transforma la administración en máquina para fabricar entusiasmo y admiración hacia él: discursos, manifestaciones, arcos de triunfo, folletos apologeticos ilustrados, lluvias de flores y recepciones populares.

Un gobierno legítimo no tiene necesidad de propaganda, porque la legitimidad implica la persuasión en el pueblo de que los órganos del poder son capaces de dirigir los asuntos públicos en forma satisfactoria. Y esa persuasión es suficiente para que un poder legítimo no se inquiete ante las críticas y murmuraciones, sean o no justificadas.

El gobierno revolucionario no es sino la agonía de un sistema, y no puede llegar a ser legítimo jamás, aun cuando dure cientos de años, si no se adhiere lealmente al principio de legitimidad que enarboló como bandera.

La revolución mexicana, a través de su prolongada dominación política, ha demostrado su incapacidad para implantar en México el nuevo orden que debió suceder a la dictadura, y no precisamente porque el pueblo no haya querido aceptar el principio democrático de legitimidad, en el que ha solido poner su desesperada esperanza, sino porque los mismos revolucionarios han sido los primeros

en no respetar el principio democrático, cerrándose así las puertas de la legitimidad.

POSTULADOS

La revolución mexicana, como tal revolución, no es ni puede ser un sistema político. Es sólo una etapa de transición.

México tiene que buscar forma definitiva a su existencia como nación.

LA DEMODULIA

El hombre es un *animal político*. Significa la definición aristotélica que a todos los hombres, por imperativo de solidaridad, nos interesa de hecho, espontáneamente, la política; a todos nos preocupa la forma como se interpreta y se promueve el bien común.

Cuando por irresponsabilidad, por egoísmo, por prejuicios o por cobardía, nos abstenemos de cumplir nuestros deberes y de ejercitar y hacer respetar nuestros derechos políticos, nos autorreducimos a la categoría de siervos, de rebaño dócil. Eso hemos sido la mayoría de los mexicanos a causa de haber abandonado secularmente el campo de la política a merced de los revolucionarios.

Se aceptó durante mucho tiempo, y algunos la predicán todavía, la falsa doctrina de que la política corrompe a cuantos en ella intervienen. Se ha dogmatizado en el sentido de que un católico y todo hombre que se precie de honesto, ha de permanecer alejado de la política. En consecuencia, aquí estamos veinticinco millones de católicos mexicanos sometidos a la férula de unos cuantos audaces.

Tertuliano podía decir en su tiempo: "*Somos de ayer y estamos en todas partes*". Los católicos de México esta-

mos muy lejos de poder parodiar a nuestros padres en la fe. Somos de hace cuatro siglos, y no estamos en parte alguna. Nos hemos confinado a los muros de nuestros templos; hemos abandonado la fortaleza de nuestros hogares, presa de la revolución, y apenas si conservamos una posesión precaria de nuestras conciencias, que día a día se entregan al enemigo en actitudes de contemporización claudicante y de sometimiento suicida. Lejos de invadirlo todo como *lux del mundo* y como *sal de la tierra*, nos hemos dejado invadir, conquistar, someter y subyugar. Y cunde espantosamente la idea de que ser católico es ser un descastado, un irresponsable y un servil, siempre dispuesto a ceder, a entregarse y a ser sujeto de dominación. A eso nos ha llevado nuestra estúpida apoliticidad.

La política es, por definición, una profesión de servicio y de apostólica entrega a la causa del bien general. Las consecuencias del ejercicio del deber político se encuentran condicionadas por la orientación que hacia el bien o hacia el mal le dé el sujeto de tal deber. Lo malo no es la política; lo malo es que haya quienes, valiéndose de ella, desnaturalizándola, se hayan convertido impunemente, de servidores, en servidos. Lo malo es que, por la abstención de los bien intencionados, se haya entregado la conducción de la política nacional en manos de los ineptos y de los pillos.

El Sinarquismo pugna, en consecuencia, por la participación diligente y organizada de todos los honestos y patriotas en los afanes políticos, para que sean ellos quienes conduzcan los destinos nacionales.

Suele tenerse en México un falso concepto de la democracia, porque se nos ha dado a conocer este sistema político a través de su contrapartida, de su exacta negación: la antidemocracia. Los datos desfigurados que ha sabido darnos la revolución mexicana durante un riglo de "*república democrática y representativa*", según ella la ha practicado, no han sido ciertamente como para hacer de los mexicanos adictos de la democracia. De hecho, la mayoría a la que se atribuye el derecho de mandar, de acuerdo con tal sistema, sólo ha sido en la etapa revolucionaria una minoría disfrazada de mayoría por la violencia y por el fraude.

Desde luego, la democracia liberal no puede ser aspiración política para el pueblo mexicano, por cuanto ignora a Dios y hace radicar la soberanía en el pueblo, quien transmite o delega su soberanía en los órganos del gobierno. El pueblo, los gobernados, no pueden delegar en sus gobernantes un poder que no tienen. Si se aceptara tal delegación, tendríamos que admitir una fácil y peligrosa revocación de la misma, aun por motivo de simple veleidad, lo cual despojaría a la autoridad de respetabilidad y eficacia, al perder su estabilidad.

La autoridad no viene de un hombre, ni de la suma de los hombres. Viene de Dios. Mas no de una manera inmediata, en el sentido de que Dios designe a una persona para ejercerla, ni prefiera esta o aquella forma de

gobierno, sino en cuanto es autor de la ley natural, la cual exige que los hombres vivan en sociedad civil, al amparo de un orden jurídico y bajo un poder público. La determinación de la forma de gobierno y la designación de los gobernantes corresponde a los partícipes del Estado. Dios confiere el poder a quien legítimamente ocupa un puesto de dominación por haber sido designado, y por gobernar de acuerdo con las normas establecidas y aceptadas.

Lo esencial en la democracia es:

a) Que el Estado sea considerado, no como una *empresa* en la que los gobernantes pueden someter, reducir y aprovechar a los gobernados para sus fines personales, sino como una auténtica sociedad —la sociedad civil—, con un objeto propio, invariable, que es perseguir el bien común de los asociados.

b) Que los partícipes del Estado conserven íntegro, en todo tiempo, el derecho de vigilar que aquel cumpla su objeto y jamás se desvíe del mismo, así como la facultad de cuidar que quienes administran la cosa pública se comporten como servidores leales y honestos de los intereses comunes.

c) Que los gobernantes tengan siempre y efectivamente, como la única razón de su autoridad, el servicio de la comunidad, respeten altamente los principios que la nación respeta y se esfuercen por alcanzar las metas que la nación persigue.

Más que la constitución y la organización del poder, importa al Sinarquismo la forma como el mismo poder

se ejerce. La democracia liberal deja cerrado el camino para la eficaz preocupación política de los gobernados, puesto que sólo requiere su participación en el momento electoral, dejando ya lo que constituye el ejercicio de la autoridad al capricho de quien detenta el poder. Y la forma de designar a los gobernantes y de constituir los órganos del poder, son para nosotros problemas de segundo orden. Lo importante es que, sean quienes fueren los gobernantes, sea cual fuere el sistema constitucional de gobierno, éste se encamine eficazmente a la promoción del bien común y al respeto del hombre y de sus naturales atributos. Creemos en este sentido en la DEMODULIA, que es el servicio del pueblo, única razón del poder.

Mandar es servir, gobernar es servir. El que quiera ser mayor entre los hombres, debe servir a sus semejantes. Esta idea de servicio y su preocupación, que campea en nuestra doctrina social, pretende también ser la piedra angular de nuestra estructuración política. "*Por un gobierno al servicio de la nación*", fué el lema con que nació y fué suprimido nuestro partido FUERZA POPULAR, y es el lema que inspira todas nuestras actuaciones políticas. De acuerdo con el pensamiento cristiano, los gobernantes son llamados a servir, no a ser servidos.

En el sentido expuesto, el Sinarquismo se adhiere al principio democrático como sistema de gobierno, limpio de sus errores y libre de los vicios que han hecho que ese sistema degenera en demagogia, en oligarquía o en dictadura. Somos demócratas y pugnamos como tales por

un gobierno emanado de la libre actividad electiva del pueblo, que se consagre al servicio de la comunidad.

Somos demócratas, no en el sentido de sustituir la tiranía de un hombre por la de la mayoría o por la de una multitud ciega, sino en el sentido cristiano de que el pueblo puede y debe interesarse en el gobierno. Somos demócratas por cuanto defendemos que debe reconocerse la dignidad del hombre y el derecho que le asiste a disfrutar de toda libertad que sea conforme con la razón y con la justicia, cuyo principio capital es que el poder se establece para el bien común. La democracia, así entendida, es inspirada, engendrada y alentada por el Cristianismo.

La teoría del Partido Nacional (único), auspiciada por los movimientos de perfiles totalitarios, encierra un contrasentido. Si se trata de alcanzar la unidad absoluta de opiniones y de conducta, resulta contradictorio aplicar a la unidad resultante el nombre de partido, que de sí connota parte, fragmento, división. O existe la unidad nacional, como la que persigue el Sinarquismo para etapas más avanzadas de nuestra evolución política, o tiene que admitirse la existencia de partidos que polaricen, organicen y hagan valer las diferentes opiniones que suelen aflorar en ambientes como el nuestro, en que una política prolongada de disolución nacional ha ubicado a los me-

xicanos en diferentes ángulos de enfocamiento de los problemas nacionales y de sus posibles soluciones.

Indudablemente que los valores esenciales, los primeros principios, las bases constitucionales de la nacionalidad y el objeto cardinal del agrupamiento social —el bien común— no están ni deben estar jamás a discusión. Como en toda sociedad, en la civil hay un fin connatural a la misma, que justifica su nacimiento y que norma la conducta de sus partícipes en sus aspectos esenciales.

Pero ya en cuanto a la forma de desarrollo de la vida colectiva, tratándose de los procedimientos más acertados para alcanzar el bien común de los asociados, deben pedirse y aceptarse opiniones, no precisamente individuales, sino grandes corrientes de opinión que deban tomarse en cuenta, ya por el número, ya por la calidad de sus exponentes. Estas corrientes de opinión, a las que por no expresar un sentimiento general se les llama opiniones partidarias, son esenciales a la democracia, entendiendo por tal el sistema de gobierno en el que la opinión del pueblo se respeta, la voluntad del pueblo se cumple y el bien del pueblo se promueve.

La política de partidos creada por el liberalismo para mantener divididos a los pueblos en bandos irreconciliables e imponer sobre los mismos una fácil hegemonía, debe desaparecer. Dentro de un régimen de auténtica democracia cabe organizar las corrientes de pensamiento y de adhesión para tenerlas en cuenta al tomar las decisiones de gobierno. Un régimen demócrata de verdad no fabrica a su gusto una voluntad nacional artificiosa y falsa, sino que

se esfuerza por conocer y respetar esa voluntad en su auténtica expresión.

El Sinarquismo lucha esforzadamente para forjar la unidad moral y política del pueblo mexicano. Tal es su más caro propósito, y aspira a realizarlo dentro del más limpio sistema sufragista. Nos proponemos forjar la unidad de los mexicanos sobre los principios y valores esenciales y tradicionales de nuestra nacionalidad, en torno a las auténticas jerarquías naturales de la sociedad, y a través de una organización de las mayorías que tenga la unidad nacional como meta.

POSTULADOS

La participación en la política por parte de los capaces, honestos y patriotas, es en México una urgencia inaplazable.

Lo esencial en la organización y en la integración de los órganos del poder, es que éste se ejerza con un alto espíritu de servicio en bien de los miembros de la comunidad.

El gobierno debe integrarse por los mejores, a juicio de los partícipes del Estado.

La democracia, entendida como la intervención efectiva del pueblo en la designación y en la gestión de sus gobernantes, y como el ejercicio del poder en servicio de aquel, es una aspiración sinarquista.

El más caro propósito del Sinarquismo es forjar la unidad moral y política del pueblo mexicano sobre los principios esenciales y los valores tradicionales de nuestra nacionalidad.

EL BIEN COMUN

El supremo fin inmanente de la sociedad es el bien común. Teniendo todos los hombres una naturaleza común, toda medida conforme con esa naturaleza será apta para promover el bien común que consiste, ante todo, en la conservación de la unidad y de la paz, alejada la cual, desaparece la utilidad de la vida social. Consiste, igualmente, en la perfección de la sociedad que es la perfección de sus miembros considerados en su conjunto. El bien común exige que todos los miembros de la sociedad tengan posibilidad de desenvolver simultánea y armónicamente todas sus facultades, acercando su entendimiento a la verdad, su voluntad y sus costumbres a la sana moral y dando a sus necesidades materiales la posible satisfacción. El fin último del Estado será, pues, alcanzar lo más perfecto que pueda darse a la inteligencia, a la moralidad y a la prosperidad material del mayor número posible de hombres.

El bien público, el bien del cuerpo moral del Estado al cual todos pertenecen —el poder y la gloria del Estado—, deben subordinarse en condiciones normales al bien común.

POSTULADOS

El bien común, que consiste en que todos los miembros de la sociedad satisfagan sus necesidades materiales y desenvuelvan sus facultades espirituales, es meta suprema del Estado Cristiano que quiere el Sinarquismo.

En ningún caso debe tolerarse que el bien público del Estado, y menos aún el bien personal de los gobernantes, se anteponga al bien común. Urge dejar bien claro que los gobernantes son servidores de los intereses comunes, y no a la inversa.

LA JUSTICIA

La justicia es el fin inmediato, condicionante del fin último, esencial del Estado, que es el bien común. Un Estado en el que, lejos de resplandecer la justicia, imperan la arbitrariedad, la negación del derecho y la subversión, es un Estado desnaturalizado que no cumple su objeto y que debe ser reestructurado, si no en la forma jurídica, por los órganos del poder, tarde o temprano por formas violentas, por parte de quienes sufren la injusticia.

En el ámbito estatal, la justicia debe manifestarse como una decisión firme y constante de dar, respetar y proteger lo suyo a cada uno de los integrantes del Estado. A la justicia corresponde, por tanto, restituir lo injustamente quitado, reparar los daños hechos, abstenerse de acciones fraudulentas, guardar la fe dada en los pactos, respetar a cada quien su derecho íntegro, hacer que cada uno ocupe el lugar que le corresponde en la sociedad, de acuerdo con su conducta, su capacidad y su calidad moral.

La *Justicia legal* obliga, a los gobernantes, a referir todas las leyes y todos sus actos al bien común; y, a los gobernados, a observar tales leyes y a acatar tales actos.

La *justicia vindicativa* da a los gobernantes el derecho y les impone el deber de castigar a los delincuentes con

penas congruas, para la protección de la sociedad y para la conservación del orden jurídico que preside la vida del Estado.

La *Justicia distributiva* da a los gobernantes el derecho de imponer a los gobernados prestaciones conforme a las exigencias del bien común, pero les impone el deber de distribuir las cargas y los honores equitativamente, buscando una igualdad proporcional, de acuerdo con los méritos de cada quien; impone a los gobernados el deber de satisfacer las prestaciones que legítimamente les son impuestas, pero les da el derecho de exigir que haya proporcionalidad en la distribución de las cargas y honores.

La *justicia conmutativa* exige a los particulares el respeto recíproco y estricto de los derechos de cada uno, especialmente en las conmutaciones y contratos. Es esta justicia la que tiene más directamente a su cargo la coordinación de las diferentes esferas particulares que se mueven dentro de la unidad del Estado. Los gobernantes deben cuidar el cumplimiento exacto de esta justicia, que debe impartirse pronta, expedita y gratuitamente por medio de jueces capaces, honestos y probos.

La *justicia social* exige una adecuada distribución de los bienes necesarios para la vida del hombre.

POSTULADOS

La justicia, en el ámbito estatal, debe manifestarse como una decisión firme y constante de dar, respetar

y proteger lo suyo a cada uno de los integrantes del Estado.

Un Estado en el que, lejos de resplandecer la justicia, imperan la arbitrariedad, la negación del derecho y la subversión, es un Estado desnaturalizado que no cumple su objeto y que debe ser reestructurado.

EL CAPITALISMO, EL COMUNISMO Y LA JUSTICIA SOCIAL

Todas las manifestaciones de desorientación, de error, de anarquía y de malestar que advertimos en las sociedades modernas, arrancan de un solo hecho: la pérdida colectiva de la fe a partir de la *Reforma luterana*. Ese estallido de rebeldía frente a la autoridad de Dios revelante, engendró, en el campo filosófico, el *racionalismo*; en el campo político, el *liberalismo*; en el campo económico y social, el *capitalismo individualista* y, más tarde, el *capitalismo de Estado o comunismo*.

El Cristianismo había hecho que se considerara al hombre en toda su integridad, cuerpo y espíritu, uno y el mismo, en todos sus actos, en todas sus relaciones, en todas sus manifestaciones, responsable, en el tiempo y en la eternidad, de su conducta.

El liberalismo deshumanizó al hombre al desintegrarlo en partículas, en facetas, en actitudes independientes una de la otra. Para cada una de las actuaciones le dió una denominación y una norma independiente de su ser y de la responsabilidad integrales. En política debía actuar solamente como ciudadano; al rezar, solamente como

religioso; al trabajar, como operario que quiere ganar dinero, nada más.

“Al participar en política, lo hago como ciudadano, no como católico”. “Cuando contrato con un obrero, lo hago en cuanto que aporta esfuerzo mecánico; no me importa, como empresario, que el obrero tenga dignidad humana, ni un alma que salvar, ni una familia a la cual sostener”. Tales son el lenguaje y la actitud del liberalismo.

Vino la máquina, esto es, un gran productor de esfuerzo, y el capitalismo liberal no tuvo empacho en substituir con ella al obrero; y no tuvo inconveniente en considerar al obrero como accesorio de la máquina.

La deshumanización del hombre y el advenimiento de la máquina hicieron estallar el problema social, problema que consiste en la injusta distribución de los bienes necesarios para la vida del hombre, en el hecho inicuo de que unos cuantos detentan la riqueza y de ella abusan, mientras la mayoría carece de lo indispensable. Este hecho separó a la humanidad en dos bandos: uno poco numeroso, el de los que lo tenían todo en exceso; otro incontable, el de los que carecían aún de los bienes vitales. Todos hombres, todos hechura de Dios, todos con derecho igual a participar de los bienes de la tierra; pero todos deshumanizados. Dos bandos: el de los capitalistas y el de los trabajadores.

Y se planteó el problema social: ¿Cómo obtener una más justa distribución de la riqueza, de modo que alcanzase para todos? ¿A cuál de los factores de la producción

correspondían los beneficios de la misma? ¿Al que aportaba el dinero o al que aportaba el esfuerzo?

El *liberalismo* dió su respuesta: el trabajo no es sino un esfuerzo del hombre, una parte de su ser que se equipara a la materia prima o a la máquina, susceptible, por tanto, de ser adquirido, comprado, a un precio. Si el capitalista es el dueño de los factores de la producción, incluso del trabajo, el capitalista es el dueño de todos los beneficios.

El *liberalismo económico*, al enfrentar la libertad de los poderosos a la libertad de los débiles, dejó a éstos indefensos al arbitrio de aquéllos. El liberalismo sujetó el trabajo humano, como si fuese mercancía, a la ley de la oferta y la demanda y logró así que el capital se aprovechara de todo el rendimiento, de todos los productos del trabajo, mientras condenaba a los trabajadores a perpetua pobreza o a un escasísimo bienestar. En el campo económico, el liberalismo engendró el capitalismo.

El *capitalismo* favorece los intereses del capital, como factor de producción. De acuerdo con su tesis obtusa y degradante, sólo el capital produce intereses y beneficios; el trabajo también los produce, pero los produce para el capital, que alquila al trabajador, como alquilar una máquina, como alquilar un asno.

La situación creada por el capitalismo, de injusticia, de miseria, de espanto, de angustia, produjo una reacción no menos injusta y espantosa: el *comunismo*.

El *comunismo* es la consecuencia lógica y natural del capitalismo. El capitalismo había planteado el problema

social como una competencia de fuerzas en la que, necesariamente, debía vencer la más poderosa, esto es, el capital organizado frente a la miseria desorganizada. Marx tomó la palabra al capitalismo y aconsejó organizar la miseria, seguro de que ésta, organizada, se convertiría en una fuerza incontrastable. Su grito de guerra fué: "Proletarios de todos los países, uníos".

Lo importante para el comunismo no era rescatar la dignidad del obrero, cuya espiritualidad niega o ignora, al mismo tiempo que afirma la importancia decisiva de las exigencias materiales. Para el comunismo, Dios no existe o nada tiene que ver con el problema social; la religión es el opio que adormece al pueblo y lo somete a la explotación; la moral y en honor son prejuicios burgueses que urge destruir; la vida terrena, sin un más allá, es la única realidad.

Tampoco importa al comunismo la actuación política del hombre, que debe quedar absorbido en el gran todo del Estado proletario. El comunismo es, en lo político, el más absorbente de los sistemas totalitarios. El hombre no tiene derechos individuales, sino sólo en cuanto forma parte de la masa proletaria. La dictadura del proletariado es su fórmula única.

Lo verdaderamente importante para el comunismo es esto: cuál de las dos clases, la capitalista o la proletaria, ha de quedarse con las utilidades de la producción. E ideó su teoría de la *plusvalía*, según la cual la diferencia de rendimiento que hay entre el trabajo individual y el trabajo colectivo organizado, no puede acrecer al capital que es

estéril y nada produce, sino al trabajo, no individual, sino colectivo. Y preconizó el colectivismo en la producción y en la participación de la riqueza común.

El comunismo, pues, deshumanizó al hombre; lo obligó a aceptar sólo una substitución del amo-empresa por el amo-estado, amo más terrible y poderoso, por cuanto es dueño de la policía, de las cárceles y del Código Penal. El comunismo significa para los trabajadores la pérdida de toda esperanza de redención.

Siendo el problema social un problema de injusticia, de injusta distribución de los bienes, el remedio tendrá que ser de justicia, de *justicia social*.

La JUSTICIA SOCIAL exige que, guardado el justo medio entre el exceso y el defecto, se asegure a todos los hombres la participación de los bienes de la vida, de acuerdo con su condición y estado.

La *justicia social* exige que se ponga fin a ese estado social en que una multitud de hombres vive en pocilgas y viste andrajos, mientras unos pocos habitan palacios. Todos los hombres deben tener los bienes suficientes para satisfacer sus necesidades y honesta comodidades y elevar su vida a grados más altos de cultura y bienestar.

La *justicia social* es posible en una sociedad rectamente organizada y hábil y honestamente gobernada; es necesaria para que se aseguren la tranquilidad y el orden en el cuerpo social, y es supuesto categórico del bien común.

Puesto que el hombre tiene derecho a la vida y obligación de conservarla y de perfeccionarse, el trabajo es un derecho y un deber. Y, siendo el trabajo el único medio

natural que tiene el hombre para conservar y perfeccionar su vida, no puede vender su trabajo sin enajenar su propia vida, lo cual lo reduciría a la esclavitud.

El trabajo es fuente de producción. Cuando el trabajador recibe un salario, lo recibe, no a cambio de su trabajo, que está fuera del comercio, sino a cambio del producto de su trabajo. El trabajador da a la materia prima, con su esfuerzo y habilidad, una forma nueva, una forma útil; da a la materia prima una nueva utilidad, que es lo que vende. El trabajo del hombre, como el hombre mismo, es pues, invendible. Ni la empresa (capitalismo), ni el Estado (comunismo), pueden comprar el esfuerzo humano, la actividad espiritual, sin inferir una gravísima ofensa a los trabajadores.

Para los fines de la justicia social, son dos los factores de la producción, son dos los productores, con iguales derechos cualitativos sobre el producto: el dueño de la tierra y de los aperos de labranza, de los fondos de extracción, de la materia prima que ha de transformarse y de los instrumentos de transformación (capital); y el dueño de la idea transformadora o creadora de utilidad y del esfuerzo intelectual que su ejecución requiere, y el dueño del esfuerzo manual que hace producir a la tierra, extrae sus riquezas y da a la materia prima la nueva forma útil (trabajo). Ni el dinero solo, ni el esfuerzo manual solo, ni la técnica sola, son capaces de producir cosa alguna. Son igualmente erróneos el capitalismo y el marxismo cuando atribuyen en exclusiva la calidad de productor, el primero al dinero y el segundo al trabajo.

La solución que considera como socios de la empresa productora a los dos factores, capital y trabajo, tanto para la obtención del producto como para la propiedad, dirección y administración de la empresa y para la distribución de los beneficios, se apoya en el hecho de que, si los socios se caracterizan por sus aportaciones, tienen iguales derechos los que aportan dinero que los que aportan talento o trabajo; y si se caracterizan por su calidad humana, tan hombre es el capitalista, como el obrero, como el técnico. A todos los reúne el mismo propósito: producir. He aquí su denominador común: productores.

El postulado de la *justicia social*, que exige para cada uno de los factores de la producción la parte que le corresponde, se cumplirá, dadas la resistencia del capitalismo y la inercia de varios siglos de tradición liberal, en tres etapas: la primera, que llamaremos del *salario justo*, en la que se irán satisfaciendo poco a poco las necesidades del trabajador, sólo en vista de tales necesidades y sin tener en cuenta si la justicia queda o no plenamente satisfecha; la segunda, que llamaremos del *reparto de utilidades*, etapa en la que el capitalista reconocerá al trabajador el derecho que tiene a participar con él de los beneficios comunes, pero negándole todavía el carácter de coproductor y socio; la tercera, la etapa del *cooperativismo de empresa*, en la que se reconocerá por fin que la empresa es una sociedad cooperativa, una sociedad de productores, en la que cada cual aporta lo que tiene —capital, ideas, esfuerzo— y luego se reparten proporcionalmente los beneficios obtenidos, según la intervención que cada cual haya tenido en

la elaboración del producto, una vez pagado el interés del capital, el sueldo de los técnicos y obreros, y una vez constituidos los convenientes fondos de reserva.

Precisa aclarar que el jornal no es un anticipo de las utilidades, sino una inversión necesaria, como la inversión de capitales, como la adquisición de materias primas.

La solución apuntada, al mismo tiempo que satisface la justicia social, elimina los peligros que implica la lucha de clases y hace que el obrero sea el primer interesado en el progreso de la empresa, que es *su empresa*.

POSTULADOS

El Sinarquismo se rebela contra el estado social creado por el capitalismo, en que unos cuantos detentan la riqueza mientras la mayoría carece de lo indispensable. La propiedad justamente repartida es un ideal sinarquista.

El Sinarquismo rechaza la solución dada por el marxismo al problema social, al crear una sola empresa, la del Estado, y al pretender igualar a todos los hombres en la pobreza.

La solución del problema social que abraza el Sinarquismo es la de la JUSTICIA SOCIAL CATOLICA. Su desiderátum es que el obrero sea reconocido como socio de la empresa y partícipe de las utilidades y responsabilidades de la misma. Su fórmula es COOPERATIVISMO DE EMPRESA.

LA ORGANIZACION PROFESIONAL

La Corporación fué la organización del trabajo creada por la Iglesia, por medio de la cual los trabajadores del mismo ramo tenían lo necesario para vivir y perfeccionarse. La producción era el objetivo común de sus miembros, que participaban de la responsabilidad de lo producido y de los beneficios, proporcionalmente a la aptitud de cada uno en su grado de aprendiz, de oficial o de maestro.

El liberalismo abolió la Corporación para llevar a cabo su plan de explotación de los trabajadores. El marxismo no concibió el sindicato sino como órgano de lucha de los trabajadores contra los patrones; a ambos los consideró como enemigos irreconciliables y dió a los trabajadores la consigna de destruir el capital y a los capitalistas. El sindicalismo marxista sustenta el materialismo, combate el orden moral y considera lícitos todos los medios para destruir la propiedad privada.

En guardia frente al sindicato rojo, los patrones crearon el *sindicato blanco*, tanto o más condenable que el rojo, por cuanto otorga al obrero, como favor, lo que se le debe en estricta justicia y convierte a los trabajadores

Unidos los factores de la producción, en espíritu de justicia y caridad, podrán crear, juntos, su común bienestar; no así dispersos, y menos puestos frente a frente, en franca lucha de clases, como si el propósito fuera destruir la fuente de vida común, y no fortalecerla y aumentar sus posibilidades para todos.

Pero la organización profesional no sólo se impone allí donde la actividad económica requiera el concurso de varios factores, sino donde quiera que haya entre los hombres identidad o relación de actividad. No se precisa la relación patrón-obrero. Todos aquellos que viven de la misma actividad, tienen intereses en común y forman un organismo profesional casi natural. Así tenemos gremios, uniones o asociaciones de médico, de ingenieros, de maestros, de albañiles, de burócratas, etc.

El propósito es que se unan los que deben estar unidos y que ha desunido la estrategia disolvente del liberalismo, del capitalismo y del comunismo con fines de obtener y prolongar su fácil dominación.

Pero, mientras es posible implantar la reforma estructural apuntada, nos determinamos por el sindicalismo profesional —ni rojo ni blanco— que, alejado de la política, haga la defensa leal y efectiva de los intereses de los trabajadores o de los patrones frente a los excesos del otro sector de la producción, incluso mediante el paro y la huelga en casos extremos.

POSTULADOS

El capital y el trabajo, como factores de la producción, tienen intereses concurrentes y no contrarios.

El sindicato profesional, así de obreros como de patrones, no sólo debe defender los intereses de sus agremiados, sino que debe velar por los intereses de la industria o actividad de que se trate, procurar el aumento y mejoría de la producción y elevar el nivel intelectual y moral de los sindicalizados, todo ello con sujeción a las exigencias del bien común.

El Sinarquismo condena la lucha de clases que, además de desarticular a la Patria, hace infecunda su economía, y urge la unión del capital y del trabajo para que, en franca y estrecha colaboración y dentro de una amplia justicia social, realicen su obra creadora para bien de México.

Vamos a la organización profesional de la sociedad, primero y ante todo, para los fines económicos de los diferentes sectores sociales y, luego, para un mejor ordenamiento político.

LA JUSTICIA AGRARIA

La tierra, como el aire y como el agua, es elemento vital para el hombre en cuya creación, sin embargo, no tuvo participación alguna. Como el aire y como el agua, no debería ser objeto de apropiación, si no fuera a la vez tan necesaria y tan limitada. Fué hecha para el servicio del hombre, pero, a diferencia de las otras cosas, le fué señalada una manera eminente de servicio: el de la producción de los frutos. Su posesión, su uso, su propiedad, están condicionados por su función providencial de producir. Constituye, pues, un abuso del derecho de propiedad de la tierra, el destinarla a otros fines diferentes del de la producción, cuando ésta es necesaria para satisfacer las necesidades del hombre.

La tierra no ha sido creada para éste ni para aquél, sino para todos. No es que deba ser de todos, como quieren los comunistas, sino que debe servir a todos.

La tierra, normal y ordinariamente, debe ser del que la hace producir, ya como agricultor, ya como empresario.

El problema agrario es, desde el punto de vista económico, y desde el más alto de la justicia social, el más grave y, como tal, reclama una inmediata y adecuada resolución. La población campesina es la porción más numerosa y al

mismo tiempo más desamparada de México. El problema que crea este desamparo tiene dimensiones nacionales. Por otra parte, México no ha alcanzado a satisfacer las exigencias de su consumo interno por la deficiente organización de su agricultura.

Este problema debe enfocarse teniendo a la vista todos los antecedentes históricos de la institución de la propiedad raíz-rústica en México.

Durante la época precortesiana existió un complicado sistema para el disfrute de la propiedad rústica que, en resumen, sólo significaba la explotación en beneficio del monarca, de los nobles, de algunas instituciones, de muy pocos particulares y de la comunidad. La trascendencia de este sistema de propiedad ha llegado hasta nosotros y así se explica que los usufructuarios de parcelas ejidales, por atavismo, admitan la intervención nociva de su comisario, de su comité ejidal o del banco que los refacciona.

Operada la conquista material, se distribuyó la tierra entre encomenderos, descubridores, pobladores y algunos pueblos; con frecuencia la intriga política hacía perder las encomiendas, y la confiscación despojaba a los descubridores o pobladores, dando margen a que, en busca de seguridad, se titularan los predios a nombre de la Iglesia y sólo bajo el amparo de ésta lograran explotarse debidamente las riquezas agrícolas mexicanas. Pero la propiedad de una persona moral como es una parroquia, sólo otorgaba una relativa seguridad y, en todo caso, significó que el propietario no explotara directamente su propiedad raíz, dan-

do nacimiento a una clase social numéricamente considerable de peones acasillados, que cultivaban la tierra sin el cariño que produce el sentirla propia y sin el interés de quien va a hacer suyos todos sus frutos.

Con las leyes de Reforma se despojó la Iglesia de sus bienes raíces y Juárez fué inepto para resolver este problema siquiera en su significación económica: llevado por su jacobinismo rabioso, ni se preocupó siquiera por organizar la administración productiva de los bienes expropiados, y los puso en manos de compañías extranjeras que sólo por tomarse el trabajo de deslindarlas, llegaban a ser propietarias en una proporción considerable. Esas compañías, por ser extranjeras, carecían de interés y hasta de capital para hacer inversiones en la explotación de los predios, viéndose obligadas a malbaratarlos para obtener en efectivo las ganancias que buscaban. Así se originó en México la acumulación de la propiedad rústica en unas cuantas manos, y Juárez es, en suma, el verdadero creador de los latifundios que se consolidaron con Porfirio Díaz.

Apenas surgida la revolución, fué dictada la ley agraria de 1915 que destruyó los latifundios con la pretensión de crear los ejidos, en los que se concedía una precaria intervención a los agricultores, siempre sujetos al capricho de los caciques y a la férrea disciplina de los políticos. Don Manuel Avila Camacho prometió titular a los agraristas las parcelas que cultivaban; pero sólo extendió títulos de usufructo, sin llegar a entregar la plena propiedad a los campesinos.

Como es de verse, la inseguridad ha presidido siem-

pre la posesión de los predios rústicos y es lo que ha venido a agudizar el problema agrario en México. Por eso es positivamente urgente que se realice el anhelo sinarquista consistente en redistribuir los predios agrícolas entre los campesinos, concediéndoles sobre los mismos el pleno derecho de propiedad exigido por la justicia y tutelado por las leyes, y así poder realizar el ideal sinárquico de un profundo, objetivo y útil amor a la Patria.

Primero la hacienda liberal y después la hacienda revolucionaria, han impedido que se realice la justicia social en beneficio de los campesinos. Entonces y ahora, las tierras del país han venido acumulándose en pocas manos, negándose y obstaculizándose a los agricultores pobres el acceso a la propiedad de las mismas. La actual política agraria, la adoptada por el grupo llamado revolucionario, lejos de resolver el problema le ha venido imponiendo trenguas sin fin. Los títulos de derechos agrarios que se reparten no son otra cosa que inicuos contratos de arrendamiento. Los campesinos que reciben una parcela pagan una renta gravosa, parte en efectivo a los caciques rurales, y parte en sumisión política. Basta el más leve gesto de independencia política por parte de los titulares de las parcelas o un mero capricho de los "de arriba", para que aquéllos sean lanzados y despojados de la tierra y, frecuentemente, del trabajo puesto en ella y aun de los frutos.

Se han soslayado, por otra parte, los otros vértices del problema agrario nacional, al dejar sin solución, o al dar soluciones inadecuadas o incompletas a factores tan importantes como el crédito agrícola y la capacitación técnica de

los pequeños agricultores. Ambos problemas deben ser resueltos con un claro y generoso sentido social y económico, imponiendo al crédito las modalidades que exige la prosperidad agrícola nacional y prestando especial atención a los centros rurales de capacitación agrícola.

POSTULADOS

Las tierras ociosas y los nuevos latifundios revolucionarios deben ser redistribuidos a los campesinos, instrumentando esa redistribución con un auténtico TITULO DE PROPIEDAD que convierta al labriego en señor de sí mismo y de su heredad.

El Estado Mexicano debe crear las condiciones necesarias para que el campesino mexicano tenga un CREDITO fácil, oportuno y barato. Si la banca privada se aferra a sus inicuos sistemas capitalistas, será preciso llegar a la nacionalización del crédito.

El Estado Mexicano debe promover y fomentar la CAPACITACION técnica de los agricultores para que obtengan de la tierra los mejores y más abundantes frutos.

La justicia social, por lo que se refiere al campesino, exige:

a) **Que se le facilite el acceso a la pequeña PROPIEDAD agrícola, mediante la redistribución de la tierra acumulada en pocas manos.**

b) **Que en tanto el campesino no alcance al propiedad de la tierra, el empresario lo considere como so-**

cio en la producción agrícola, de acuerdo con la solución del COOPERATIVISMO DE EMPRESA

c) Que se reduzcan los casos de arrendamiento de la tierra sólo a aquellos en que el propietario no pueda ponerla en producción y necesite de la renta para sus necesidades vitales.

EL PROBLEMA DEMOGRAFICO Y LA JUSTICIA PARA EL INDIO

La distribución de la población mexicana ha sido fortuita y han sido escasos y estériles los esfuerzos realizados para aprovechar convenientemente los recursos naturales de nuestra patria mediante una distribución racional de la población.

Teniendo México un considerable desarrollo de costas, se despilfarra la riqueza que las mismas significan, tanto como fuente de abastecimiento para mejorar la dieta alimenticia del mexicano, como para la existencia de una flota mercante productiva. Ningún gobierno revolucionario se ha preocupado suficientemente por este problema, y no es exacto que se tropiece con dificultades por insalubridad, ya que la medicina moderna y la ingeniería sanitaria tienen resueltas esas cuestiones.

Al mismo tiempo que debe pugnarse por la vuelta al campo de la población mexicana, descongestionando la capital de la república y algunas capitales de los estados, debe fomentarse la marcha al mar, que constituye una fuente de riqueza hasta ahora inexplorada por el pueblo mexicano.

La caridad cristiana de los evangelizadores de México había encontrado resolución al problema del indigenismo.

Hace mucho tiempo que los gobiernos revolucionarios dicen proponerse la reincorporación del indio mexicano a la civilización; pero a la civilización nada más, es decir, al uso del tractor y de otros implementos mecánicos para la agricultura. Sarcásticamente, el indio aprende el manejo de tales máquinas, pero está imposibilitado para adquirirlas y muchas veces le resultan inservibles por la orografía de la región en que vive. Maliciosamente se ha olvidado la solución correcta: el problema no consiste en reincorporar a los grupos indígenas a la civilización a la que tan dificultosamente advienen otros grupos más adelantados, sino en hacerlos nuestros hermanos, en compartir con ellos nuestro pan y nuestra sal y hacerlos partícipes de la cultura cristiana en todos sus aspectos. Sólo así podremos no sentirlos extraños, y realizaremos la perfecta unidad y homogeneidad del pueblo mexicano. Para conseguir este propósito sólo hace falta una cosa: evangelizadores, pero evangelizadores con el espíritu y la talla de Tata Vasco, Motolinía, Martín de Valencia, De las Casas, etc.

El problema indígena de México sólo puede resolverse bajo el signo de la cruz.

POSTULADOS

El Sinarquismo exige una racional, equilibrada y productiva distribución de la población mexicana encaminada a la integral explotación de nuestros recursos naturales.

Nos proponemos la incorporación de los grupos indígenas a la cultura cristiana y hacerlos partícipes de todas las ventajas y responsabilidades que atañen a la comunidad mexicana.

LA ORGANIZACION ECONOMICA

El desorden económico en la sociedad es causa de malestar en todos los órdenes de la vida social, puesto que el uso suficiente de los bienes corporales es necesario aun para el ejercicio de la virtud.

Una buena organización económica de la sociedad exige la existencia de bienes materiales suficientes para la satisfacción de las necesidades legítimas de los asociados y la aplicación justa de esos mismos bienes a las necesidades de cada cual. El buen ordenamiento económico de la sociedad exige, por tanto, una suficiente producción de bienes corporales, una justa distribución, una eficiente circulación y un consumo de los mismos ajustado a las exigencias del bien común.

Base esencial de la *producción* es el ambiente de protección y garantías de que debe rodearse a toda actividad productiva ya sea ésta agrícola, industrial o comercial. Lo primero que necesitan los factores de la producción es saber que los beneficios de ésta serán administrados por ellos. Ante todo, pues, deben ser derogadas las leyes que ahogan las fuentes de la producción con limitaciones e intervenciones excesivas, injustas y antieconómicas. Por otra parte, deben ser eliminados con energía los zánganos que gravi-

tan onerosamente sobre el campo, sobre la industria y el comercio.

Debe propiciarse el libre desenvolvimiento de la iniciativa privada, cuyas ventajas nunca serán superadas por la omnimoda intervención estatal. La libre actividad de los particulares sólo debe tener como límite el bien común que exige, entre otras cosas: que la producción no exceda en demasía al consumo; que se cuide la buena calidad de los productos; que el ritmo del trabajo de los que intervienen en la producción no les impida cumplir con sus deberes individuales, familiares y sociales; que se dé preferencia a la producción de los bienes necesarios sobre la de los útiles y deleitables o de lujo.

Toca por último al Estado una intervención directa en la actividad productiva, que será supletoria, cuando la sola iniciativa privada no baste para remediar las necesidades comunes. Cuidará de que en ningún caso se violen los postulados de la justicia conmutativa con motivo de las relaciones interlaborales, así como de que no se falte a las leyes de la producción impuestas por el bien común.

La *distribución* y la apropiación de los bienes producidos se rigen por la exigencia de que no se impida en caso necesario su uso universal, al que por naturaleza están destinados. En casos extremos, todas las cosas son comunes.

Cuando, satisfecha la justicia en la distribución de las riquezas, éstas no basten a cubrir las necesidades naturales de los menos afortunados, deberá ejercer su acción supletoria la caridad, ley social rigurosamente obligatoria.

Una adecuada *circulación* de los bienes producidos debe hacerlos llegar pronta, fácil y seguramente a todos los miembros de la sociedad que necesitan consumirlos. Son contrarios a la circulación necesaria de los bienes, los monopolios, los estancos, los acaparamientos, que deben ser evitados por todos los medios.

El *consumo* de los bienes debe estar presidido al mismo tiempo por las necesidades naturales de su propietario y de sus familiares, y por las necesidades de la comunidad. En una sociedad justamente organizada no deben permitirse los lujos y los despilfarros, mientras haya necesidades sociales por remediar. El egoísmo y la irresponsabilidad en una sociedad pobre arrastra indefectiblemente a las multitudes a la vindicta violenta.

El excedente debe ser aplicado gradualmente por este orden: beneficencia, ahorro, creación de nuevas fuentes de trabajo, comodidades innecesarias, lujo.

POSTULADOS

El Sinarquismo lucha por que México tenga una abundante producción de bienes y una justa y equitativa distribución de los mismos.

En una sociedad justamente organizada, no deben permitirse los lujos y los despilfarros, mientras haya necesidades sociales por remediar.

Cuando, satisfecha la justicia, no alcancen a cubrirse las necesidades naturales, deberá ejercer su acción supletoria la caridad, ley social rigurosamente obligatoria.

LA EDUCACION Y LA CULTURA

La educación tiene como fin formar al hombre en su integridad para que, como hombre, alcance su fin personal y, como miembro de la sociedad, sea útil a la comunidad.

La educación de los niños y de los jóvenes es una tarea necesaria y particularmente importante, porque imprime en ellos la primera y definitiva, la más poderosa y duradera dirección de la vida. Los ciudadanos sabrán hacer por la sociedad, lo que la sociedad haya sabido hacer por ellos.

La educación es obra necesariamente social. Tres son las sociedades en cuyo seno nace y vive el hombre: la familia, el Estado y la Iglesia. A las tres por igual, aunque en distinta forma, toca intervenir en la obra educativa. Toca primordialmente a la familia y a la Iglesia por derecho natural y divino; toca al Estado, supletoriamente, como promotor del bien común.

Los padres participan singularmente de la razón de principio respecto de los hijos. La naturaleza les encomendó, no sólo la procreación de la prole, sino también su desarrollo y progreso, hasta su perfeccionamiento, hasta que esté en condición de proveerse a sí misma. Los pa-

dres tienen la misión y, por tanto, el derecho de educar a los hijos, derecho inalienable por estar inseparablemente unido con la estricta obligación, derecho anterior a cualquier derecho del Estado y, por lo mismo, inviolable por parte de toda potestad terrena. Antes de ser ciudadano, el hombre existe, y la existencia no la recibe del Estado, sino de los padres. Y no entra a formar parte de la sociedad civil, sino por medio de la comunidad doméstica, en la que ha sido engendrado. Pero el derecho de los padres a educar a sus hijos no es absoluto ni despótico, ya que la educación debe estar de acuerdo con la naturaleza racional y con el fin sobrenatural de los hijos.

La Iglesia tiene la misión y la autoridad suprema del magisterio; es depositaria y custodio del inestimable tesoro de la fe sobrenatural que salva a hombres y naciones; es columna y fundamento de la verdad. A ella le fué dada la potestad de instruir a todas las naciones, enseñándolas a observar las leyes divinas. Y esta potestad la tiene independientemente de cualquiera potestad terrena, tanto en el origen como en el ejercicio, no sólo respecto de su objeto propio, sino también respecto de los medios necesarios y convenientes para ejercerla, como lo es la enseñanza que, como toda acción humana, tiene necesaria relación con el fin último del hombre y no puede, por tanto, sustraerse a las normas de la ley divina, de la cual es intérprete y maestra infalible.

Con pleno derecho promueve la Iglesia las letras, las ciencias y las artes, en cuanto son necesarias o útiles para la educación cristiana y para cumplir su obra de salva-

ción de las almas, fundando escuelas e instituciones propias y vigilando sobre la educación que se imparta en cualquiera institución, pública y privada, en cuanto se refiere a la religión y a la moral.

Esta actividad educativa y esta vigilancia de la Iglesia no trae el menor inconveniente, ya que tiene prudente cuidado de conformarse en cada nación con las legítimas disposiciones de la autoridad civil en materia educativa.

El Estado ha recibido del propio Autor de la Naturaleza el derecho de intervenir en la educación, no a título de magisterio, como la Iglesia, ni a título de paternidad, como la familia, sino por la autoridad que le compete para promover el bien común temporal, del que forman parte eminente el bien intelectual y la cultura.

En la educación del hombre, como tal, la intervención del Estado es supletoria. Tócale proteger el derecho que los hijos tienen a ser educados, cuando falta física o moralmente la obra de los padres por defecto, incapacidad o indignidad; ya que el derecho educativo de estos no es absoluto, sino dependiente de la ley natural y sometido, por tanto, a la vigilancia y tutela jurídica del Estado en orden al bien común. En tal caso, el Estado no suplanta ni absorbe el derecho de la familia sino que favorece y ayuda su acción e iniciativa; suple el defecto y lo remedia.

En la educación del hombre como miembro del Estado, en cuanto debe capacitarse para ser útil a la comunidad, el Estado tiene intervención directa y por propio derecho. Puede exigir y procurar que todos los ciudada-

nos alcancen el conocimiento necesario de sus deberes civiles y nacionales, y el grado de cultura intelectual, moral y física que exija el bien público.

Es injusta e ilícita, por violatoria del derecho natural, toda pretensión del Estado tendiente a fijar lineamientos a la educación personal de los hijos o a controlarla en cualquiera forma. Más injusto e ilícito resulta todavía todo monopolio educativo o escolar que fuerce física o moralmente a las familias a acudir a las escuelas del Estado contra los deberes de la conciencia cristiana y aun contra sus legítimas preferencias.

Siendo el hombre un ser naturalmente religioso, la educación no puede ser neutra, o laica, o irreligiosa, sin ser manca e inadecuada para cumplir su misión formadora. Deformaría criminalmente a los hijos, al rodear de tinieblas su espíritu, nada menos que en el punto central de sus relaciones con la divinidad.

Una educación laica, lejos de formar ciudadanos aptos y eficientes, dotados de valores de auténtica cultura, produce espíritus mutilados, desprovistos de la solución religiosa que, en las grandes crisis, es la única eficazmente válida.

La escuela antirreligiosa, la que no sólo ignora, sino que combate a Dios, es antinatural, por cuanto tiende a destruir la fuente misma de toda vida espiritual en el hombre. Antirreligiosa es la coeducación, especialmente para

los adolescentes; antirreligiosa y satánica es la educación sexual; antirreligiosa es la educación marxista.

La educación debe ser religiosa, si ha de considerar al hombre en su integridad espiritual, si ha de ser tarea formadora y no deformadora de los espíritus. Nos referimos a la educación que organiza e imparte el Estado particularmente, pues ya hemos delimitado su intervención en la educación familiar.

Es menester corregir las inclinaciones desordenadas, fomentar y ordenar las buenas desde la más tierna infancia y, sobre todo, hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad con las verdades y con los recursos sobrenaturales, sin los cuales no es posible dominar las perversas inclinaciones y alcanzar la debida perfección educativa.

Al enfrentarse a la tarea educativa, no es posible olvidar que existen el decálogo, la ley evangélica y la ley natural, sin esperar tremendas repercusiones en la moral pública y en la política misma del Estado.

Tratándose de las tareas del bien común, nada puede haber más nocivo que la divergencia o el divorcio de los diferentes factores que a él deben concurrir. Tal divorcio es siempre funesto y catastrófico en el campo de la educación. La familia, la Iglesia y el Estado, esos tres ambientes naturales de la educación, deben, no solamente no contradecirse, sino positivamente armonizarse en la unidad moral más perfecta que sea posible, hasta poder constituir un solo santuario consagrado a la educación, bajo pena de faltar a su cometido y trocarse en obra de destrucción.

La fórmula práctica para proveer a la educación religiosa, especialmente en naciones divididas en varias creencias, es la ESCUELA LIBRE, dejando libre y favoreciendo el Estado con justos subsidios, apegándose a la más estricta justicia distributiva, la iniciativa y la obra educativa de las familias y de la Iglesia.

La verdad hace libres a los hombres: libres del error que ciega los espíritus; libres de la superstición que los coloca en un falso concepto de la vida; libres de las pasiones insanas que los embrutece; libres de toda influencia extraña a su espontánea determinación, llámese esa influencia despotismo, riqueza, violencia, etc. Por cuanto existe en todo hombre la apetencia natural del conocimiento, debe existir para él la posibilidad de cultivarse. El ejercicio mismo de la libertad será más acorde con la doble función del hombre, individual y social, y estará este menos expuesto a los excesos anárquicos, a medida que avance en los dominios de la cultura. Los gobiernos injustos, a los que sólo mueve el afán de dominación, se esfuerzan por cerrar a los gobernados las fuentes de la ciencia: saben que su tiranía durará sólo hasta que los dominados conozcan su derecho de ser libres. Y los movimientos libertarios suelen engendrarse en las capas menos incultas.

POSTULADOS

Es inaplazable la reforma del artículo 3o. de nuestra Constitución Política que orienta la educación del

pueblo mexicano, para redactarlo en los términos que dicta el derecho natural y ponernos a la altura de la civilización.

Dejando a salvo el derecho natural de los padres de familia y el derecho divino de la Iglesia en materia educativa, urge iniciar una política de armonización y complementación de la acción educativa de estos con la del Estado.

La educación debe ser religiosa y realizarse, en el ámbito privado, a través de la ESCUELA LIBRE favorecida con los subsidios del Estado de acuerdo con la justicia distributiva.

El Sinarquismo fomenta la cultura para destruir el servilismo político y para encaminar a la comunidad nacional hacia la conquista de los más altos valores del espíritu. Intentamos la tarea educativa en tal forma que haga posible a todas las clases sociales y a todos los grupos étnicos participar de los beneficios de la cultura y de la civilización.

LA RELIGION

La religión se ha manifestado como el más alto poder que haya movido los espíritus y los corazones en la vida de los hombres y de las naciones. A medida que el lazo entre Dios y el hombre pierde su fuerza, se debilita igualmente el vínculo entre los hombres y reina el egoísmo, porque cada uno busca el centro de gravitación en sí mismo. El egoísmo se apodera de las sociedades a medida que las ideas religiosas pierden su imperio. El absolutismo político aparece siempre en las épocas de decaimiento religioso y moral y, al atacar la creencia en Dios y en un alma inmortal responsable, acaba por cambiar la sumisión libre a la divinidad por el yugo de un poder de violencia exterior; porque, a medida que los hombres pierden el imperio moral, se fortalece el imperio de la fuerza bruta.

Para establecer por encima de las voluntades fluctuantes de los individuos y de las colectividades un principio que pueda resistir a las corrientes de la historia y a los extravíos posibles de los espíritus, es preciso elevarse a un principio inmutable, eterno, absoluto: a Dios.

Los hombres viven, no solamente relacionados entre sí, sino también y ante todo con la divinidad, en un orden de derecho, en una sociedad que debe realizar cada vez

más el reino de Dios sobre la tierra, por el imperio armónico de todos los principios de lo verdadero, de lo bueno, de lo bello y de lo justo. Y este reino de Dios se ha aproximado más a los hombres a medida que éstos se han elevado con todas las fuerzas de su alma a Dios.

POSTULADO

El Sinarquismo condena enérgicamente dos insensateces: la de hostilizar desde el gobierno las convicciones religiosas y la de divorciar la política, el arte de gobernar divino por excelencia, de la propia divinidad.

LA MORAL SOCIAL

De la misma manera que el hombre debe normar su conducta por principios morales que garanticen su salvación y su perfeccionamiento espiritual, también la vida de toda la sociedad y su progreso dependen de la observancia de determinadas normas de buena conducta colectiva. Roma derrumbada ante el empuje de los Bárbaros y Francia sometida bajo la swástica, son dos casos innegables en que la decadencia de la moralidad social llevó a dos grandes pueblos al colapso.

La moral individual dice relación del hombre con la divinidad; la moral social dice relación del hombre con la sociedad y de ésta con el hombre. Toca a la Iglesia y al Estado velar por su inalterabilidad, elevarla y fortalecerla.

Una sociedad en la que los términos del primer principio de la ley natural "El bien debe hacerse y el mal debe evitarse" pueden ser impunemente invertidos; una sociedad en la que los virtuosos son perseguidos y los viciosos son premiados y exaltados; una sociedad que alaba como hábiles y acepta en su convivencia a los gobernantes que se enriquecen con motivo del poder; una sociedad que permite que sus gobiernos obstruyan toda acción religiosa y moralizadora, al mismo tiempo que proscriben a

Dios de la educación y abren todas las compuertas de la corrupción de las costumbres; una sociedad que admite el divorcio y otras prácticas disolventes de la familia, de su fecundidad y de su perennidad; una sociedad así, sin moral colectiva, está llamada a desaparecer: lleva en sus entrañas mismas los gérmenes de su destrucción.

POSTULADO

Un Estado Cristiano, o un Estado simplemente consciente de su misión, debe velar por el mantenimiento de una moral social, robusta e intachable.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

La Iglesia y el Estado son, respecto del bienestar integral de los pueblos, lo que el alma y el cuerpo son al ser integral del hombre. Entre ambos debe existir una completa armonía y un armónico complemento para que el ser mismo —pueblo o individuo— alcance la integridad de su destino. Lo que el alma racionalmente propone (no impone), debe aceptarlo y practicarlo el cuerpo para el bien del compuesto. En igual forma, lo que el cuerpo pide de acuerdo con su naturaleza, debe aceptarlo el alma en bien del compuesto. Ni el alma puede hacer que el cuerpo olvide su naturaleza corpórea y sus exigencias de ella dimanantes, ni el cuerpo debe reducir al alma a su servidumbre ni limitar el ámbito de su vuelo de eternidad.

La Iglesia y el Estado tienen un fin genéricamente coincidente: la felicidad y el bienestar de los hombres. Fin primordial de la Iglesia es enseñar al hombre el camino de la felicidad eterna, auxiliarlo con los bienes sobrenaturales de que dispone para que pueda alcanzar su destino ultraterreno y librarlo de los obstáculos que puedan frustrárselo. Subsidiariamente, por cuanto la justicia es una virtud cardinal, y por imperativo de la caridad que es el

máximo precepto evangélico, la Iglesia se preocupa también del bienestar temporal de los hombres.

Al Estado toca preocuparse, primordialmente, del bien común temporal de los hombres; velar por que éstos alcancen en la vida el máximo bienestar posible. De igual manera el Estado debe cuidar de que los hombres vivan en un ambiente propicio para alcanzar su perfeccionamiento espiritual y, mediante esto, su salvación eterna.

Ni el Estado debe invadir el campo espiritual de la Iglesia, ni la Iglesia debe invadir el campo temporal del Estado. Sus relaciones deben ser de mutuo reconocimiento, de recíproco respeto y de ayuda armónica para que el fin integral del hombre, lejos de frustrarse, quede ampliamente garantizado.

POSTULADO

La Iglesia y el Estado son dos sociedades completas y autónomas en sus finalidades específicas. Dentro del Estado Cristiano que propugna el Sinarquismo, ambas coordinarán sus esfuerzos encaminados a lograr la felicidad integral del hombre, pero respetándose recíprocamente sus campos de acción.

ACTITUD EN LO INTERNACIONAL

La actitud genérica del Sinarquismo frente a todos los pueblos de la tierra se inspira en la tesis cristiana de la hermandad universal. Todos los hombres, cualquiera que sea su raza y su color, son hijos de Dios, partícipes de la misma vocación eterna y con iguales derechos a la vida, a la libertad y a los bienes del cuerpo y del espíritu. Ningún hombre, ningún pueblo es, por destino, ni amo ni siervo, ni pobre ni rico. Dentro de la comunidad cristiana internacional que anhela el Sinarquismo no cabrán discriminaciones, ni superdominios, ni rapacidades, ni imposiciones tiránicas, ni forma alguna de imperialismo. Aspiramos a un orden universal dentro del cual sean posibles la grandeza, la paz y la concordia de todos los pueblos, fundadas en el imperio de la justicia, en el respeto recíproco y en el reconocimiento de la dignidad y de los derechos humanos.

Las guerras no tienen razón alguna de ser si los hombres, despojándonos de instintos bestiales, sabemos ser hombres, y si los estadistas saben ajustar sus actos a los postulados de la justicia y del derecho internacionales. La soberbia racial, el orgullo nacional exagerado y el afán de rapiña deben ser extirpados del seno de las naciones, como fermentos del odio que mata y destruye.

La tendencia a la unidad, no solamente nacional, sino internacional, debe ser sinceramente sentida, vivida y propagada por todos los sinarquistas. Deber nuestro es luchar por el bien común de la humanidad y, de manera especial, por el bien de las naciones ligadas a la nuestra por la sangre y la cultura o por la geografía y la vecindad.

México, por su historia, por su religión y por su lengua, forma parte de la comunidad hispánica y se interesa vivamente por la unidad y por la consumación del destino común de los pueblos que la integran. En su condición de país frontera entre dos tipos de cultura, entre dos conceptos de la vida frecuentemente contrapuestos, México tiene un preponderante papel histórico que jamás debe olvidar: el de abanderado y guía de los pueblos hispánicos del continente americano. Esta responsabilidad nos señala una ruta indeclinable y una tarea a la que no podemos renunciar: la de pugnar por que en el mundo entero se realicen y alcancen vigencia plena los supremos valores que dieron origen, sustancia y perfiles propios a nuestra nacionalidad.

Por encima de nuestro legítimo resentimiento frente a los Estados Unidos, cuyos gobiernos han sido repetidamente causa, instrumento o cómplice de muchas de nuestras tragedias nacionales, está la realidad de nuestra vecindad con ese país, realidad que no está en nuestras manos alterar. Nuestra inspiración cristiana nos impone, por otra parte, una conducta acorde con el mandato evangélico que nos exige, no sólo amar a los amigos, no sólo a quienes nos favorecen y benefician, sino también a los que en alguna forma nos han hecho mal. Es, pues, indispensable, sin

pretender desfigurar la historia, extinguir el odio de nuestro pueblo contra aquél y la insidia de los gobiernos yanquis contra el nuestro. Urge, por otra parte, destruir la tendencia injusta de atribuir todos nuestros males a la nación del norte, subestimando las actitudes serviles y traidoras de algunos mexicanos, sin cuya complicidad nada o muy poco hubieran prosperado las maniobras intervencionistas de aquel país.

Para que nuestra vida pública internacional se mantenga en un plano que corresponda a nuestra concepción católica del hombre y del mundo, es indispensable que México cuente con un cuerpo diplomático idóneo, esto es, ampliamente preparado, identificado con los altos intereses de la nación y correctamente dirigido por el gobierno en su misión de representar dignamente al pueblo mexicano.

POSTULADOS

El Sinarquismo pugna por que haya concordia, paz y amistad sincera entre todos los pueblos de la tierra. México ha de ser un factor decisivo en el reconocimiento y vigencia de un orden internacional cuyas bases fundamentales sean la justicia y el derecho.

Un nacionalismo exagerado es hipertensión egoísta, y jamás podrá acarrear bienes duraderos a la humanidad. Nuestra posición medularmente cristiana implica lucha sin cuartel contra las actitudes injustas y contra la desviación de las ideas motrices en la vida internacional; nunca odio ni afán malsano frente a ningún pueblo de la tierra.

Pugnamos por la unidad vital de los pueblos hispanos; por la amistad sincera de los países de nuestro continente, y por la solidaridad fraterna de todas las naciones.

LA PATRIA

Personificación ideal de los más altos valores humanos es la patria. Tradicional concepto de la vida en el común devenir histórico, la patria constituye, asimismo, el ámbito espiritual genuinamente humano. Suma de impulsos nobles hacia las metas últimas de la vida y de afinidades morales en torno de valores supremos, la patria constituye un positivo patrimonio que ineluctablemente se perpetúa en el suelo y bajo el signo de los predecesores.

La patria —*terra patrum*— es un valor trascendente en que se conjugan los intereses temporales de una comunidad y los intereses sobrenaturales de quienes la integran. Distínguese del concepto nación, en que esta última se integra con elementos objetivos para constituir una realidad de concreta proyección histórica, en tanto que la patria, como entidad puramente ideal, viene a ser una síntesis sublimizada del íntimo anhelo individual y del supremo afán social.

De esta concepción derívanse las normas de conducta cuya observancia no es otra cosa que el patriotismo o sea la profesión y el ejercicio de una peculiar dignidad social. El patriotismo de ninguna manera supone contraposición entre las diversas porciones de la humanidad; an-

tes bien, resulta el más sutil y a la vez el más sólido factor de concordia entre los hombres. El patriota merece veneración aun de aquéllos que en función de motivos análogos a los de él, le hayan combatido. Porque el valor patrio, la ideal estructura de principios y de valores supremos en la vida humana, alcanza rango de cosa sagrada entre los hombres.

Expresión acabada del espíritu en el tiempo, la patria resume en cada pueblo, en cada país, en cada nación, la razón de ser de la existencia individual y de la convivencia misma.

Símbolos de la patria, representaciones objetivas de esa entidad ideal, son la bandera y el himno, en cuyos colores y en cuyas estrofas se plasma el vigor espiritual de una comunidad y la disposición de proyecciones en un egregio destino común, sobre bases de soberana afirmación humana y de genuina autodeterminación.

POSTULADOS

Condenamos la tendencia comunista que pretende fundir todas las patrias en una sola república universal. Sostendremos nuestra invariable posición nacionalista y defenderemos la independencia de México.

Rechazamos todo símbolo extraño a nuestra nacionalidad. México tiene sus símbolos y el que no los defiende es un traidor.

DOCUMENTOS TRADICIONALES

MANIFIESTO DEL COMITE ORGANIZADOR SINARQUISTA AL PUEBLO MEXICANO

Ante los angustiosos problemas que agitan a toda la Nación, es absolutamente necesario que exista una organización compuesta de verdaderos patriotas, una organización que trabaje por la restauración de los derechos fundamentales de cada ciudadano, que tenga como su más alta finalidad la salvación de la Patria.

Frente a los utópicos que sueñan en una sociedad sin gobernantes y sin leyes, el "Sinarquismo" quiere una sociedad regida por una autoridad legítima, emanada de la libre actividad democrática del pueblo, que verdaderamente garantice el orden social dentro del cual encuentren todos su felicidad; pero no de un modo egoísta sino procurando que todos alcancen el bien, que cada uno desea para sí.

Frente a cada dolor humano, frente a cada mal social, el "Sinarquismo" se propone estudiar la forma de suprimirlo y trabajar hasta conseguir este fin.

Ninguna cosa que tenga trascendencia social le será indiferente; el bien común habrá de ser su ocupación constante y su tarea de siempre será trabajar para alcanzarle.

El "Sinarquismo" es un modo de ser y de vivir; un modo de sentir y obrar frente a los problemas que afectan el interés general. Es una actividad espiritual, generosa, es

el ánimo y la voluntad siempre dispuestos a servir a los demás.

El sinarquista no pide nada para sí, debe estar siempre dispuesto a entregarse a toda obra que redunde en beneficio colectivo; a prestar el concurso de sus fuerzas físicas, de su dinero o de su talento, para poner remedio inmediato y eficaz a todo aquello que constituye un mal social.

El bien de todos, la felicidad pública, la salvación moral y económica de la Patria, exigen un precio: el sacrificio y el esfuerzo con que debe contribuir cada uno, según sus posibilidades.

El "Sinarquismo" es un movimiento positivo, que unifica, construye y engrandece, y por lo tanto, diametralmente opuesto a las doctrinas que sustentan postulados de odio y devastación. El "Sinarquismo" proclama el amor a la Patria y se opondrá con todas sus fuerzas a los sistemas que pretenden borrar las fronteras de los pueblos para convertir al mundo en un inmenso feudo en donde fácilmente imperen los malvados, perversos propagandistas inventores de esas teorías. El "Sinarquismo" será el más ardiente defensor de la justicia y por consiguiente perseguirá a los que trafican con la miseria humana. El "Sinarquismo" no puede concebir que exista felicidad y progreso en donde no exista libertad, estima que ésta es la más sagrada conquista de la humanidad y luchará incansablemente hasta conseguir que impere en nuestra Patria.

El Comité Organizador Sinarquista lanza en este manifiesto un llamado a todos los mexicanos que estén dispuestos a trabajar por el engrandecimiento de México, a todos los que, despojándose del egoísmo, quieran prestar su

cooperación para organizar una nueva sociedad sobre bases de mayor justicia.

Los males que afligen a nuestra Patria no se remediarán con lamentos, sino con una actividad bien orientada. El movimiento "Sinarquista" ha puesto como norte en el camino que empieza a recorrer, tres palabras luminosas que adopta como Lema:

"PATRIA, JUSTICIA Y LIBERTAD"

León, Gto., junio 12 de 1937.

EL COMITE ORGANIZADOR.

16 PUNTOS BASICOS

1.—Consideramos criminal y cobarde el derrotismo de aquéllos que creen imposible el resurgimiento de la Patria o que esperan del extranjero la salvación de México. Los sinarquistas proclamamos que la Patria se salvará cuando triunfemos de nuestra propia cobardía y nos decidamos a ser verdaderos ciudadanos en pleno ejercicio de nuestros derechos y deberes.

2.—Tenemos fe en el destino de México y nuestro esfuerzo se encamina a unir a la Patria, robustecerla y dignificarla. Trabajaremos por hacer de cada mexicano una partícula activa de nuestro Movimiento que habrá de salvar a México.

3.—Reclamamos la unión verdadera de la familia mexicana y exigimos la subordinación de los intereses particulares o de clase frente al interés supremo: el de la Patria.

4.—Condenamos la tendencia comunista que pretende fundir todas las Patrias en una sola República universal. Sostendremos nuestra invariable posición nacionalista y defenderemos la independencia de México.

5.—Repudiamos la clasificación antipatriótica y tendenciosa que divide a los mexicanos en "izquierdas" y "derechas", "revolucionarios" y "reaccionarios". México reclama, para salvarse, la unión permanente de todos sus hijos y sólo establece una división: mexicanos y anti-mexicanos.

6.—Rechazamos todo símbolo extraño a nuestra nacionalidad. Ni la cruz gamada del nazismo, ni la estrella roja de los comunistas. México tiene sus símbolos y el que no los defiende es un traidor.

7.—Afirmamos el derecho de propiedad privada y exigimos la creación de condiciones que hagan posible a todos los que trabajan el fácil acceso a la misma. Frente al grito comunista: "Todos Proletarios", oponemos el nuestro: "Todos Propietarios".

8.—Nos rebelamos contra la injusticia de un estado social en que una multitud de hombres vive en pocilgas y unos pocos habitan palacios. Consideramos que el mal no es la propiedad, sino que éste radica en que unos pocos la tengan y de ella abusen, mientras la mayoría carece de lo indispensable para conservar la vida.

9.—Lucharemos porque México tenga una abundante producción de bienes y exigimos una justa y equitativa distribución de los mismos. Reclamamos respeto absoluto para el producto del trabajo y garantías para el capital, justamente acumulado el que, por otra parte, deberá ajustarse a las exigencias y necesidades de la comunidad mexicana, teniendo las limitaciones que exija el bienestar nacional.

10.—Condenamos la lucha de clases que, además de desarticular a la Patria, hace infecunda su economía. Urgimos la unión del capital y del trabajo para que, en franca y estrecha colaboración y dentro de una amplia justicia social, realicen su obra creadora para bien de México.

11.—No admitimos la explotación de una clase social por otra; tanto al capital como al trabajo, hoy impulsados por un materialismo sin grandeza, les daremos un ideal: el

del mejoramiento de la colectividad mexicana y el engrandecimiento de la Patria.

12.—Luchamos por un México libre de tutelas extrañas y libre interiormente. Consideramos que la libertad es el único ambiente digno de la vida del hombre y rechazamos todas las tiranías.

13.—Reclamamos para México su verdadera independencia política y económica como garantía, previa de la real libertad de cada mexicano. Pero para que México pueda imponer su libertad a las demás naciones, precisa la acción conjunta, valiente y generosa de todos sus hijos, dispuestos a merecer y reclamar para su Patria honor y respeto.

14.—Condenamos la violación que de las naturales libertades del hombre hacen las dictaduras y luchamos contra los que pretenden esclavizar los espíritus. Somos ardientes defensores de la libertad; pero nos declaramos enemigos del libertinaje, causa de la anarquía y del desorden, contrarios a la autoridad y al orden social que requiere el Sinarquismo.

15.—Repudiamos el Estado no intervencionista, simple guardián de los egoísmos individuales. Rechazamos igualmente la tiranía de los Estados despóticos que, basados en la intervención omnimoda de sus gobiernos, absorben las actividades individuales, esclavizan las voluntades y matan toda iniciativa privada.

16.—Queremos que México tenga un gobierno justo, fuerte y respetable, que, consciente de que el servicio del pueblo es la única razón de su poder, encuadre su acción dentro de los límites que fija el bien común del pueblo mexicano.

PENTALOGO SINARQUISTA

- 1 Queremos una Patria en la que no haya mexicanos desposeídos y hambrientos que habiten cava-chas y vistan andrajos. ¡Esta es una Patria indigna! Luchamos por la Justicia Social, por una mejor distribución de la riqueza. Pero nos declaramos enemigos de aquéllos que en nombre de la justicia están desgarrando a México y pretenden imponer sobre los mexicanos la peor de las tiranías.
- 2 Nos declaramos defensores de la propiedad privada porque en ella radica la libertad del hombre. Nos oponemos a un México colectivizado en el que los campesinos no sean dueños de la tierra, en el que los obreros no manejen las industrias, en el que todo pertenezca al Estado. La propiedad bien repartida es un ideal sinarquista. El marxismo lucha por hacer del pueblo de México un pueblo de desposeídos y de proletarios. El Sinarquismo aspira a una Patria de poseedores y de hombres libres.
- 3 Nuestro ideal es el bien común y no el triunfo de una clase. Nos oponemos a la guerra clasista porque de ella nace la miseria y el odio que destruye. El patriotismo sinarquista, compatible con una universal fraternidad humana, se opone a que imperen sobre México símbolos extraños: banderas ajenas, ho-

ces y martillos, divisas comunistas o fascistas. El Sinarquismo es un movimiento mexicano hecho por mexicanos.

4 El Sinarquismo ama y defiende la libertad y se declara enemigo de todas las tiranías. Y porque el Sinarquismo ama la libertad, está dispuesto a exhibir a los que abusan de ella con el fin de negársela más tarde a los otros hombres.

5 Un Gobierno que ame y sirva a su pueblo y una Patria en la que impere el derecho al servicio de la justicia, he allí lo que, de acuerdo con la significación de la palabra, quiere el Sinarquismo. La Unión Nacional Sinarquista no tiene un programa acabado que dé solución en el papel a todos los problemas de México; antes que letra escrita, el Sinarquismo es espíritu y acción. Protestaremos si se encasilla a este movimiento en la izquierda lo mismo que si se le ubica en la derecha. Ni revolucionario, ni reaccionario. Nuestra posición es una posición nueva frente a México.

NORMAS DE CONDUCTA PARA LOS SINARQUISTAS

PRIMERA.—Odia la vida fácil y cómoda. No tenemos derecho a ella mientras México sea desgraciado. Ama las incomodidades, el peligro y la muerte.

SEGUNDA.—No esperes que nuestra lucha sea blanda y tranquila. Ve la persecución y el crimen como cosas naturales de nuestra guerra. No pierdas la serenidad ni la alegría a la hora de las tempestades.

TERCERA.—Tampoco esperes recompensa o premio para ti. Los sinarquistas trabajamos para Dios y para México. No te desalientes porque los demás no saben apreciar tus esfuerzos; tampoco te llenes de vanagloria por el elogio.

CUARTA.—Cúrate de todas tus pasiones si quieres de-
veras que México se salve. Mantén a raya la soberbia, la ira, la envidia y todos tus vicios. En esto consistirán tu verdadera hombría y tu fortaleza.

QUINTA.—Que tu vida privada sea intachable. Que el ejemplo de tu conducta sea la confirmación de la doctrina que predicas. Si faltas a tus deberes morales, no tienes derecho de llamarte sinarquista.

SEXTA.—Confía en que el más pequeño de tus actos dará frutos si lo diriges al bien. En el Sinarquismo no se pierde ni el más humilde de todos los esfuerzos.

SEPTIMA.—Jamás murmures de tus jefes. A tus compañeros trátalos como hermanos. No busques pendencia con el enemigo; tu deber es atraerlo a nuestras filas.

OCTAVA.—Debes tener una fe profunda en el triunfo. Comprende que esta lucha no puede fracasar y que la sangre y el sufrimiento nos darán la VICTORIA. Si no crees que el SINARQUISMO es un movimiento predestinado a salvar a México, tampoco puedes ser sinarquista.

NOVENA.—Nunca dudes de tus fuerzas. Emprende las más intrépidas obras con la seguridad de que triunfarás. Confía en ti mismo y en los hombres que luchan contigo.

DECIMA.—Si te sientes pequeño, incapaz y débil, recobra toda tu fortaleza pensando en que contigo está Dios y que nunca te abandonará si sabes esperar todo de El.

NORMAS DE CONDUCTA PARA LA MUJER SINARQUISTA

PRIMERA.—Sobre el cariño al padre, al esposo, al hijo y al hermano, pon el amor a México. Encima de la Patria sólo hay un amor superior: Dios.

SEGUNDA.—No son para ti los puestos de combate; pero a ti te toca empujar y decidir al hombre a la lucha, aunque veas peligro en ella.

TERCERA.—Que el hombre que tú escojas sea el mejor. Sé su cabal complemento, ayudándole en la dura tarea por México.

CUARTA.—Tú, que puedes hacerlo, cultiva en el corazón del hombre y del niño un grande amor a la Patria.

QUINTA.—No traiciones tu hermoso destino de mujer dándote a tareas varoniles.

SEXTA.—Toma en cuenta que el Sinarquismo es hermandad. Lleva a todos los que sufren y están necesitados de ayuda, el auxilio que tú puedes prestarles.

SEPTIMA.—Entrégate abnegadamente a una tarea.

OCTAVA.—Acepta con alegría los trabajos que te impongan y ejecútalos con gusto y buen ánimo.

NOVENA.—No descanses hasta que todos los tuyos participen en la acción sinarquista; no protejas cobardías ni consentas perezas.

DECIMA.—Ruega a Dios por los que luchamos y piensa en una Patria nueva y libre.

INDICE

	Pág.
RUTA HISTORICA	11
Panorama	13
Antecedentes	17
El Ambiente	23
IDEARIO Y POSTULADOS	31
Preámbulo	33
Sinarquismo	37
El Hombre	41
La Libertad	43
Los Bienes Materiales	45
La Propiedad	47
La Familia	49
El Salario Familiar	53
El Patrimonio Familiar	55
La Sociedad Civil	57
El Municipio	61
La Región	65
El Estado	67
Los Gobernados	71
El Orden Jurídico	73
El Poder	77
El Servicio Civil	81
La Revolución	83
La Demodulia	87
El Bien Común	95
La Justicia	97
El Capitalismo, el Comunismo y la Justicia Social	101
La Organización Profesional	109
La Justicia Agraria	113

El Problema Demográfico y la Justicia para el Indio	119
La Organización Económica	123
La Educación y la Cultura	127
La Religión	135
La Moral Social	137
La Iglesia y el Estado	139
Actitud en lo Internacional	141
La Patria	145
 DOCUMENTOS TRADICIONALES	 147
Primer Manifiesto	149
16 Puntos Básicos	153
Pentálogo	157
Normas de Conducta para los Sinarquistas	159
Normas de Conducta para la Mujer Sinarquista .	161